

Esta noche no estoy para nadie

Juan Carlos Rubio

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

SOLEDAD, *la madre.*

CELIA, *la hija.*

ALFREDO, *el ex de la madre.*

LUIS, *el ex de la hija.*

La obra se desarrolla en un pequeño, destartado e incómodo apartamento de la capital.

Prólogo

La escena está a oscuras. Al fondo del escenario se abre una.

Puerta. Vemos recortarse dos figuras de mujer. Desde el descansillo del ascensor entra un poco de claridad que ilumina suavemente el decorado. Una de las figuras se pone a tantear por la pared en busca del interruptor de la luz.

SOLEDAD.- (Excitada.) A ver, ¿dónde está la luz? ¿Por qué siempre ponen el interruptor en los lugares más inverosímiles?

CELIA.- (Práctica, tranquila.) Está aquí, donde todos los interruptores, al lado de la puerta...

(La luz del escenario se enciende al fin. Descubrimos el apartamento. Es pequeño, destartado, poco acogedor, con una gotera en el techo. Unos plásticos cubren el sofá y algunos muebles. En el lateral derecho Hay una cocina

americana con barra. Un sofá, una mesita y un par de estanterías completan la decoración. En la parte izquierda hay dos puertas que dan a dos habitaciones (que no vemos.). En el fondo hay una ventana y otra puerta, que da al baño.)

SOLEDAD.-Ay, qué hija más lista tengo, por Dios... Bueno ¡Tachan!

(Más tranquila, gira sobre sí misma, con los brazos abiertos, como Julie Andrews en la escena de la montaña de «Sonrisas y lágrimas».)

SOLEDAD.- No es muy grande, ni muy lujoso, pero es lo mejor que he podido encontrar por este precio...

(CELIA se ha puesto a echar una ojeada por el apartamento. Su mirada es escéptica, analítica, casi de tasador profesional.)

SOLEDAD.- **(No aguanta más.)** Dime, Celia... ¿Qué te parece?... Di.

CELIA.- Es... **(Pausa.)** ¿Cómo te diría yo?

SOLEDAD.- **(Acelerada.)** Horrible, tú dirías horrible, seguro. Y tienes razón, es horrible. Pero habrá que amoldarse, teniendo en cuenta las circunstancias. Además, digo yo que...

CELIA.- **(Interrumpiéndola.)** ¿Me quieres dejar hablar?... Me parece bien. Tiene posibilidades.

SOLEDAD.-No te gusta... Te lo noto en la cara. Dime la verdad.

CELIA.- **(Duda.)** ¿La verdad? **(Trágica.)** Es horrible. ¿Satisfecha?

SOLEDAD.- Lo sabía, lo sabía... Está feo que yo lo diga, pero siempre lo sé todo.

CELIA.- Pues yo no... Quién me iba a decir a mí que después de cinco años de vivir a mi aire, volvería a compartir apartamento contigo...

SOLEDAD.- La vida es una pescadilla que se muerde enloquecidamente la cola, querida.

CELIA.- Lo único es que me parece un poco caro.

SOLEDAD.- No te preocupes, pesada, ya te he dicho que de eso me encargo yo.

CELIA.- Pero si no tienes un duro...

SOLEDAD.- Yo no, pero Alfredo sí.

CELIA.- ¿Cuánto te va a pasar de pensión?

SOLEDAD.- 900 euros... ¿Y a ti Luis?

CELIA.- Aún está por decidir. La semana que viene tenemos cita con el abogado.

SOLEDAD.- De todas maneras, quiero buscar trabajo lo más rápido posible...

CELIA.- ¿Tú? Pero si no has trabajado nunca.

SOLEDAD.- Por eso. Estoy muy descansada...

CELIA.- ¿Y se puede saber a qué te vas a dedicar para ganarte la vida?

SOLEDAD.- Promete no reírte, que te conozco.

CELIA.- Palabrita del niño Jesús.

SOLEDAD.- Lo que era antes de casarme...

CELIA.- (Con sorna.) ¿Soltera?

SOLEDAD.- No, besuga... Actriz.

CELIA.- (Muerta de risa.) ¿Actriz?

SOLEDAD.- (Molesta.) Recuérdame que nunca más te cuente nada...

CELIA.- Pero mamá, ¡actriz! Tú estas loca... Con todas las chicas jóvenes y esculturales (**Hace un gesto al aire describiendo un cuerpo perfecto.**) 90-60-90 que hay por ahí, ¿te vas a poner a competir con ellas?

SOLEDAD.-No, yo no voy a competir con ellas... Por muy estupenda que sea una niña de 18 años (**Recalca.**) «90-60-90» no creo que vaya a poder hacer los mismos papeles que yo... (**Irónica.**) Te recuerdo que en las películas también salen octogenarias. (**Se mira, con cierto desencanto.**) «90-90-90».

CELIA.- ¡Actriz! Qué fuerte... ¿Y cómo piensas conseguir trabajo?

SOLEDAD.- Voy a poner un anuncio, igual que hizo Bette Davis...

CELIA.- Bette Davis tenía dos Oscars, si no recuerdo mal...

(SOLEDAD saca de su bolso un cuadernito y un bolígrafo.)

SOLEDAD.- ¡¿Ya estamos poniendo problemas?!... Joer, con la niña... Mira, a ver qué te parece este texto: «Mujer en los cincuenta y... (Carraspea.) cuarenta y tantos, aún de buen ver...» (Con sorna.) ¿Puedo poner eso de «aún de buen ver»?

CELIA.- No sé qué decirte...

SOLEDAD.- Paso de ti... «Cuarenta y tantos, buen ver. En su juventud hizo sus pinitos artísticos, pero lo dejó todo por el amor...» (Consigo misma.) Estúpida... «Ahora quiere volver a triunfar... (Reflexiva.) O a triunfar por primera vez, mejor, mucho más humilde... Llamar a cualquier hora del día o la noche al apartamento que comparte con su hija...» ¿Cómo lo ves?

CELIA.- Con un anuncio así, lo vas a tener muy fácil. Peor es lo mío. A saber: «Chica de 25 años, de físico normalito...»

SOLEDAD.- (Puntualiza.) De normalito nada, un bellezón, que llevas mis genes, rica.

CELIA.- ¡Silencio! «De físico normalito y un bellezón para su madre, con la carrera de Derecho terminada con excelentes calificaciones y recién divorciada, busca cualquier tipo de empleo que le dé dinero. Dejad mensaje para DESESPERADA...»

SOLEDAD.-Eso de «cualquier tipo de empleo», puede tener muchas lecturas... Aunque en cuanto te conozcan se darán cuenta de que eres una chica muy formal, nada que ver con el pendón de tu madre...

CELIA.- Pues el otro día nos confundieron, ¿no te acuerdas?

SOLEDAD.- (Encantada.) Sí... A ese amigo tuyo le tengo yo que mandar a una óptica muy económica que conozco... **(Coqueta.)** Y un ramo de flores.

(Oímos un daxon de automóvil. SOLEDAD, víctima de un ataque, se acerca a la ventana y mira al exterior.)

SOLEDAD.- (Preocupada.) ¡Ay, mi coche, que está en doble fila! A ver si se lo va a llevar la grúa, que son muy traicioneras, las muy lagartas. **(Más tranquila.)** No, no es el mío...

CELIA.- Dile al portero que si molesta te avise...

SOLEDAD.- (Por la ventana, a grito pelado.) ¡Rubén! ¡Rubén! ¡Que si molesta mi coche me lo cambias de sitio, ¿ok?! Gracias... ¡Y si ves que te aburres me limpias un poquito los cristales, que están de mosquitos que pa qué!

CELIA.- (Avergonzada.) Pero que morro tienes...

SOLEDAD.- ¿Morro? Mira niña, el que no llora no mama, a ver cuando lo aprendes de una vez... **(Por las vistas.)** ¡Huy, qué bonita vista! Fíjate que pedazo de parque tenemos en frente, si parece el Amazonas. Jesús, cuánto árbol.

CELIA.- Podremos ir juntas por la mañana a hacer *footing*...

SOLEDAD.- ¡¿*Footing* yo?! Para nada... Si he llegado tan divinamente a la edad que tengo es precisamente porque no he hecho nunca ni media flexión, ni me ha dado por pegar botes como esas locas, poseídas por el espíritu de Jane Fonda, todo el día con el chándal puesto... Qué pesadas.

CELIA.- Ya estás otra vez con tus neuras antideportivas.

SOLEDAD.- ¿Neuras...? Perdona que te lo recuerde, querida, pero tu padre murió de un ataque al corazón mientras practicaba taekwondo...

CELIA.- Papá tenía una insuficiencia mitral y por eso le dio un infarto.

SOLEDAD.- Ya, pero ¿qué estaba antes, la dolencia cardiaca o el taekwondo? ¿El huevo o la gallina? A ver, ¿quién lo sabe? **(Sonríe.)** ¡El pobre! ¡El precursor de las Artes Marciales en España!. «No hay nada como una buena clase de taekwondo para calmar los nervios...»,

decía siempre. Y bien calmado que se quedó...
¡Fulminado! para ser más exactos... Así es la vida: cruel...

CELIA.- (Con un poco de mala idea.) Claro que tú, a rey muerto, rey puesto...

SOLEDAD.- (Tranquilísima.) Mira, hija, si me quieres llamar buscona no hace falta que eches mano al refranero.

CELIA.- No he querido decir nada, pero «el que se pica ajos come».

SOLEDAD.- «Y Dios le da pan a quien no tiene dientes»... Yo tengo toda la dentadura... (Se la muestra.)
¿Lo ves? Y por eso he comido... ¿Te parece mal?

CELIA.- Me parece espléndido.

SOLEDAD.- Pues nadie lo diría, estás todo el tiempo lanzándome pullas acerca de mi forma de ser... Que si he hecho esto, que si he hecho lo otro, que si voy, que si vengo...

CELIA.- ¡Eso no es verdad!

SOLEDAD.- ¡Sí que lo es!... Mira, hija, la vida esta ahí para disfrutarla, para arrancarle el corazón a bocados.

CELIA.- A mí lo único que me parece es que nunca has tenido paciencia con los hombres. Si exceptuamos a mi padre, que se murió antes de que te cansaras de él, el resto de los hombres que han pasado por tu vida te han durado más bien poco...

SOLEDAD.- (Haciéndose la *sex-símbol*.) ¿No conoces esa frase de que cuando un hombre te deja no hay que llorar sino decir: el siguiente?

CELIA.- Sí, la conozco, y no es tuya.

SOLEDAD.- Pero como si lo fuera... Además, ¿quién eres tú para hablarme de paciencia con los hombres? Mis dos últimos matrimonios han durado diez años cada uno. En cambio el tuyo no ha llegado al trienio.

CELIA.- (Dolida.) No es lo mismo...

SOLEDAD.- Y ya que estamos aquí en plan «gran escena dramática entre madre e hija, ambas dos divorciadas al unísono», ¿te importaría explicarme de una maldita vez cuáles han sido las causas de tu separación?

CELIA.- (Molesta.) Sí, me importa... Deberías respetar mi decisión y no volver a preguntarme.

SOLEDAD.- Hija, cuánto misterio. Pareces un código de barras, no hay quien penetre en ti.

CELIA.- (Irónica.) La educación que elegiste para mí, en un colegio de monjas, marca lo tuyo.

SOLEDAD.- Y tú bien encantada que estabas allí, si hasta querías ser religiosa. Todo el día con el (Canta.) «Yo tengo un gozo en el alma grande, gozo en el alma grande...». Y con la espiga esa tostada por el sol... ¡Una pesadilla, eso es lo que eras!... Además, que conste que no lo elegí yo, si no tu querido padrastro Julián, al que tanto querías.

CELIA.- Al menos era un caballero, no como este último...

SOLEDAD.- ¿Que tienes tú que decir de Alfredo?

CELIA.- ¿Decir? No hace falta decir nada. Es suficiente verle para saber de la pasta de la que está hecho.

SOLEDAD.- Pues no sé por qué le odias tanto, si hasta te dio trabajo en su empresa. Que también tú, despedirte tal y como está el mercado laboral...

CELIA.- ¿Podemos cambiar de tema? Este disco ya lo he oído.

SOLEDAD.- Cómo no, princesa...

(Las dos caminan por el apartamento.)

CELIA.- (Definitivamente cambiando de tema.) ¿Cuándo nos mudamos?

SOLEDAD.- A pesar de que mi lema es «No dejes para mañana lo que puedas hacer pasado», en este caso haré una salvaje excepción... ¿Te parece bien el fin de semana?

CELIA.- Por mi, perfecto. ¿Te ha puesto Alfredo fecha para que abandones el piso?

SOLEDAD.- No, y que no se le ocurra, que le parto la cara... Encima que se lo he dejado.

CELIA.- Mamá, el piso era tuyo, lo tenía de antes de casaros...

SOLEDAD.- Cuando te casas el cura dice eso de: Todo lo del marido será de la mujer.

CELIA.- Sí, y también dice que será para toda la vida y mira cómo lo hemos cumplido nosotras...

SOLEDAD.- ¿Qué quieres? Para mí estar diez años al lado del mismo hombre es toda una vida... Y varias reencarnaciones.

(CELIA se ha acercado de nuevo a las habitaciones. Abre la puerta de una de ellas y mira al interior.)

CELIA.- ¿Qué habitación prefieres?

SOLEDAD.- Me da igual, elige tú...

CELIA.- Me quedo con ésta.

SOLEDAD.- La mejor, hija, la mejor... **(Irónica.)** Hay que ver lo generosa que has sido siempre.

CELIA.- **(Molesta.)** ¿Para qué me das a elegir?

SOLEDAD.- Para que te quedes con la peor, por supuesto. Y así disfrutar yo de la buena sin cargo de conciencia... **(Teatral.)** Pero es igual, tengo alma de trágica, lo asumo con mi natural regusto por la adversidad.

CELIA.- A tus pies, Ifigenia...

SOLEDAD.- **(De nuevo natural.)** Ah, por cierto, quisiera informarte de algo... **(Toma aire.)** Yo no soy tu madre...

CELIA.- ¿Qué?

SOLEDAD.- Quiero decir, biológicamente sí, ese dato no se lo salta un gitano, pero desde el momento en que vivamos juntas somos dos amigas que compartimos piso. Así que me llamarás Soledad... **(Le da la mano. Teatral.)** Hola, ¿qué tal? Me llamo Soledad, encantada.

CELIA.- **(Le sigue el juego.)** ¿Soledad? Mire qué casualidad, como mi madre. Claro que usted parece mucho más simpática...

SOLEDAD.- Aclarado este punto, pasemos al siguiente... Libertad, libertad y libertad... Fuera prejuicios. La moral no es más que la actitud que adoptamos cuando alguien nos cae antipático... ¿Te soy yo antipática?

CELIA.- Moderadamente...

SOLEDAD.- ¿Moderadamente? Ya es un avance, no creas. Pues entonces, no me juzgues. O al menos, ya que

te va a ser tan difícil dejarte el fiscal general en el felpudo, júzgame con «moderación». Cada uno es muy libre de hacer con su vida lo que le dé la gana...

CELIA.- Tú lo has hecho siempre, ¿no?

SOLEDAD.- No dejas pasar una, ¿verdad? Sí, siempre lo he hecho, o al menos, siempre lo he intentado... Y no pienso cambiar ahora... Soy demasiado mayor como para molestarme en dar buen ejemplo...

CELIA.- De acuerdo. Acepto tus condiciones. Y ahora soy yo quien te pide a ti algo...

SOLEDAD.- Habla por esa boquita apretadita de piñón...

(SOLEDAD coge su bolso dispuesta a salir. CELIA hace lo mismo.)

CELIA.- En este piso no entran hombres, al menos por una temporada...

SOLEDAD.- ¿Cuarentena?

CELIA.- Totalmente.

SOLEDAD.- Me parece bien... A fin de cuentas, los hombres son como los cuartos de baño: o son una mierda o están ocupados... Lo malo es que una no puede dejar de usarlos.

CELIA.- ¿Los hombres o los baños?

SOLEDAD.- Me temo que los dos.

CELIA.- ¿Entonces...?

(SOLEDAD se acerca a la puerta del apartamento. Se gira.)

SOLEDAD.- Trato hecho.

(SOLEDAD apaga la luz del apartamento. CELIA va hacia la puerta. Las dos salen. Oscuro.)

Primer acto

El apartamento tiene toda la pinta de estar habitado, con una planta aquí, otra allá, un par de cuadros... más mono pero sin haber renunciado a su natural cutrez. Aún hay un montón de cajas de cartón sin desembalar repartidas por el suelo. El teléfono suena insistentemente.

CELIA.- (Desde el baño.) ¡Va!

(CELIA sale del baño tapada tan sólo por una toalla. Con otra se seca el pelo. Los pies los tiene descalzos. Busca el teléfono en medio del considerable desorden que reina en la casa.)

CELIA.- ¡¡Va...!! Pero, ¿dónde está...?

(CELIA se acerca al microondas, pega la oreja, lo abre y saca un teléfono.)

CELIA.- (Estupefacta.) Mi madre ha metido el teléfono en el microondas... **(Contesta.)** ¿Sí? ¿Dígame? **(Muy seca y cortante.)** Ah, hola Luis... Bien, estoy bien... ¿Y tú?... No sabes cómo me alegro... Ya, ya sé que el abogado es mañana, no se me había olvidado... **(Con sorna.)** Sí, sé donde están los juzgados, te recuerdo que también soy abogada, al menos un proyecto de abogada... Nos vemos allí... ¿Quedar antes?... Mira, Luis, no puedo, lo siento, estoy muy liada, prefiero verte allí. Adiós.

(CELIA sin esperar respuesta, cuelga el teléfono. Estornuda.)

CELIA.- No, si encima me voy a constipar por culpa del mariconazo este...

(CELIA desaparece en el baño. Suena el timbre de la puerta.)

CELIA.- ¡Un momento!

(CELIA sale de nuevo, se acerca a la puerta y abre. El recién llegado es un hombre de unos cincuenta años, muy atractivo, muy viril: el macho sin excusas. Es ALFREDO, el ex-padrastro de CELIA y ex-marido de su madre.)

ALFREDO.- ¡Sorpresa!

(CELIA, al verle, entorna la puerta. No quiere que pase.)

CELIA.- (Sin disimular el desagrado.) Alfredo, ¿qué haces aquí?

ALFREDO.- Te he pillado en bragas, como se dice...

CELIA.- No, peor aún, me has pillado «sin bragas», como se dice. (Seca.) Mi madre no está.

ALFREDO.- ¿Ah, no? Vaya a... ¿Puedo pasar?

CELIA.- (Rotunda.) No. (Tras una pausa.) ¿Para qué?

(ALFREDO saca un pañuelo del bolsillo y lo agita.)

ALFREDO.- Misión de paz. Me manda la ONU.

CELIA.- (Tras pensarlo.) Está bien... Me pondré algo por encima.

(CELIA se mete en su habitación. ALFREDO curioseosa por aquí y por allí. Enciende un cigarrillo.)

CELIA.- (Desde la habitación.) ¿Ella sabe que venías?

ALFREDO.- No, es una «sorpresita»...

CELIA.- Me temo que a Soledad no le va a gustar mucho esta «sorpresita»...

ALFREDO.- ¿Desde cuándo llamas Soledad a tu madre?

CELIA.- (Desde la habitación.) Desde que vivimos juntas y a no somos madre e hija... Sólo amigas.

ALFREDO.- (Encantado.) O sea, que al fin yo ya no soy tu padrastro, si no sólo tu «amigo».

(CELIA sale de su habitación. Se ha puesto un pantalón y un jersey ancho.)

CELIA.- No te equivoques, Alfredo. **(Despreciativa.)** Tú y yo no somos amigos...

ALFREDO.- (Sonríe.) Directa a la yugular. Eres como tu madre, ¿eh? No perdéis ni un minuto en absurdos prolegómenos.

CELIA.- Últimamente mucha gente opina que nos parecemos... Nunca lo hubiera pensado... Y ahora, ¿me vas a decir para qué has venido?

(ALFREDO saca uno de sus apestosos cigarrillos y lo enciende.)

ALFREDO.- La central de mi banco está aquí al lado. Tenía que arreglar unos papeles y como he terminado pronto me he dicho: «¿Por qué no te pasas a visitar a la familia y de paso ves el apartamento?»

CELIA.- (Con cara de asco aparta el humo de su cara.) Esos cigarros apestan...

ALFREDO.- (A su rollo.) Lleváis aquí instaladas una semana y aún no me habíais invitado a conocerlo. Y a fin de cuentas, tengo derecho... **(Sonríe.)** Soy yo quien lo paga, ¿eh?

CELIA.- Esa observación me parece poco galante por tu parte.

ALFREDO.- Nunca he sido un caballero, ya lo sabes... ¿Y qué? ¿No me vas a invitar a tomar nada?

(ALFREDO se sienta en al sofá.)

CELIA.- (Borde.) Lo siento, arsénico no me queda.

ALFREDO.- Siempre tan romántica...

CELIA.- Supongo que no habrás venido para decirme que intente convencer a mi madre de que vuelva contigo. Porque si es así, lo llevas claro... Está como loca con su soltería.

ALFREDO.- (Juguetón.) Frío, frío... **(Despectivo.)** ¿Quién quiere hablar de tu madre?... Hablar de ti es mucho más interesante.

CELIA.- (Temiéndose lo peor.) Me dijiste que venías en son de paz.

ALFREDO.- El amor y la paz siempre han estado tan unidos, ¿eh?

CELIA.- Y el odio y las bofetadas también, te aviso.

ALFREDO.- Celia, tú y yo...

CELIA.- Tú y yo nada, Alfredo. Pero nada de nada... Y no quiero volver a hablar de esto nunca más, ¿me oyes?

ALFREDO.- Nunca es tarde para el amor, ¿eh?

CELIA.- Te equivocas. Muchas veces es tarde. Para el amor y para todo lo demás... Todo tiene su momento y su lugar. Y éste no es ni tu momento ni tu lugar, así que te agradecería que te marchases.

ALFREDO.- Sólo quiero que sepas unas cosa, Celia.

(ALFREDO se levanta y se acerca a CELIA.)

CELIA.- No te acerques, por favor...

ALFREDO.- Tú me sigues gustando.

CELIA.- Pues tú a mí me sigues sin gustar... Asunto concluido. Es pura lógica.

(ALFREDO se acerca aún más a CELIA. CELIA retrocede.)

ALFREDO.- Tú y yo podríamos...

CELIA.- ¡Y dale con el tú y yo! Estás mal de la cabeza.

ALFREDO.- Sí, pero por tú culpa...

(ALFREDO abraza a CELIA. CELIA se resiste.)

CELIA.- Pero, ¡¿te has vuelto loco?!...

ALFREDO.- He soñado tantas veces con estar así...

CELIA.- ¡Estate quieto!... ¡Suéltame!

ALFREDO.- Celia, Celia, escúchame...

CELIA.- ¡Para escucharte no necesito que me estrujes!
¡Suéltame!

(CELIA consigue zafarse de ALFREDO. Se aleja de él.)

ALFREDO.- Celia, por favor, tranquila, no voy a hacerte daño, ¿eh?... Sólo quiero que me comprendas, ¿eh?... Por favor.

CELIA.- ¿Pero tú de qué vas?... ¿Te crees que esos son modos de encontrar comprensión?

ALFREDO.- Estoy muy nervioso.

CELIA.- ¡Pues tómate un valium!

ALFREDO.- Soy un hombre desesperado, Celia... Te quiero. Siempre te he querido, desde que te conocí cuando tenías dieciséis años.

CELIA.- (Dolida.) Claro, me querías locamente, y por eso te has acostado en estos diez años con todo lo que tuviera faldas y se moviera... ¡Si hasta los frailes te huían!

ALFREDO.- Porque buscaba el cariño que no tenía.

CELIA.- Ya... Me ofreciste un trabajo en tu empresa, me ilusionaste, me hiciste creer que yo podía desempeñar un puesto importante y a lo pocos días me doy cuenta de que el único interés que genero en ti no depende de esto (**Se señala la cabeza.**) sino de esto... (**Se señala el sexo.**) ¿Cómo crees que me he sentido? ¡Te lo voy a decir! ¡Como una muñeca hinchable!

ALFREDO.- Lo siento. Quizá no fui contigo demasiado caballeroso. No te hice la corte de la manera que te

mereces. Prometo intentarlo. Usar flores, poemas y todas esas mariconadas.

CELIA.- ¡Vete de aquí ahora mismo!

ALFREDO.- (**Cambia de estrategia.**) Necesitas un empleo, Celia. Piénsalo... Yo te lo ofrezco de nuevo... ¡Te pagaré el doble!

CELIA.- Ya. Ese es tu credo, ¿no?: «Todo el mundo tiene un precio». ¡Pues sí, tienes razón! ¡Todos tenemos un precio! Pero definitivamente, yo soy demasiado cara para ti...

(**ALFREDO mira a CELIA. En sus ojos brilla la rabia del hombre despedido. Se da media vuelta, dispuesto a salir, pero cuando se encuentra junto a la puerta, se gira de nuevo e increpa a su ex-hijastra con aplomo, seguro de lo que dice.**)

ALFREDO.- (**Acusador.**) Cuando vivías en casa, con tu madre y conmigo, te vi en más de una ocasión... Vi cómo nos espiabas desde el pasillo a tu madre y a mí haciendo el amor...

CELIA.- (**Abochornada.**) ¿Que yo...? ¡Eso es mentira!

ALFREDO.- No, eso es verdad... Noche tras noche... Y no la mirabas a ella, no, me mirabas a mí, me deseabas a mí, te hubiera gustado estar en el puesto de tu madre, ¿eh? ¡Confíesalo!

CELIA.- (**Muy nerviosa.**) No digas tonterías...

(**ALFREDO está muy cerca de ella. CELIA parece realmente turbada.**)

ALFREDO.- Confíesalo... Tocarme, besarme... (**Le puede la ordinareiz.**) Lo que tú necesitas es un hombre de verdad que te haga una buena puesta a punto, ¿eh?

(**CELIA aparta sus pensamientos y a ALFREDO de un empujón.**)

CELIA.- (De nuevo dueña de sí.) ¡Pero qué basto y qué cerdo eres! ¡No me toques!

ALFREDO.- (Vicioso.) Porque tú, con lo buenecita que eres, desde el divorcio supongo que no... E incluso desde antes, porque tu maridito no estoy yo muy seguro que supiera muy bien qué hacer contigo, ¿eh?

CELIA.- (Molesta.) ¿Qué estás insinuando?

ALFREDO.- Nada, yo no insinúo nada, pero me han llegado rumores de que Luisito no funciona con las mujeres... Vamos, que pierde un poco de aceite el chico, ¿eh?

CELIA.- ¿Y tú cómo sabes eso?

ALFREDO.- ¿El qué? ¿Que tu marido (**Con gesto amanerado.**) derrama lisura?

CELIA.- (Nerviosa.) Sí... Digo, no... ¿Que me he divorciado? ¿A ver?... ¿Acaso me espías? (**Marcándolo mucho.**) ¿eh?

ALFREDO.- No, me lo dijo esa nueva amiga tuya...«Soledad» se llama, ¿no?

CELIA.- ¡Ah, me encanta! ¡Vivo con la CIA!

(ALFREDO se acerca a CELIA con cautela. CELIA le ve.)

CELIA.- Alfredo, vete, por favor...

ALFREDO.- (Teatral.) Pedirme eso es arrancarme el corazón...

CELIA.- La que te puede arrancar otra cosa más íntima es mi madre, que está a punto de llegar. Y le pido a Dios que no se huelga nunca nada de esta historia porque te aseguro que mata a alguien...

(ALFREDO va hacia la salida.)

ALFREDO.- Está bien... Me voy... Piensa en lo que hemos hablado, y no tengas miedo a ser... «honesta» contigo misma, ¿eh?

(ALFREDO saca una tarjeta de visita. La deja encima de la mesa.)

ALFREDO.- Aquí te dejo el número de mi móvil... Me puedes localizar a cualquier hora del día... O de la noche. **(Sonríe.)** Ya sabes lo que te ofrezco...

CELIA.- (Asqueada.) Y ya sé lo que pides a cambio...

ALFREDO.- Adiós, hija...

(ALFREDO sale del apartamento. CELIA cierra la puerta y se queda unos instantes apoyada en ella.)

CELIA.- (Dolida.) Que cerdo... Relájate, Celia, relájate.

(CELIA comienza a hacer respiraciones para tranquilizarse.)

(Oímos el ruido de unas llaves que intentan abrir la puerta.)

(CELIA se incorpora en el sofá. Coge rápidamente la tarjeta que ALFREDO ha dejado sobre la mesita. No sabe dónde meterla.)

(Tras unos instantes de duda, la guarda dentro de una carpeta que hay sobre la mesa. Entra SOLEDAD. Viene cargada de paquetes.)

SOLEDAD.- (Agotada.) ¡Socorro! Celia... Ayúdame, que vengo cargada como una burra... Mucho hablar del peso de la cultura, pero a mí me parece mucho peor el peso de la compra, qué quieres que te diga.

CELIA.- (Nerviosa.) Hola, mamá...

(CELIA se acerca a ayudar a su madre. Las dos van hacia la zona de la cocina.)

CELIA.- (Con un poco de temor.) ¿No... No te has encontrado a...?

SOLEDAD.- ¿A quién?

CELIA.- (Disimulando.) Al... Al del gas, acaba de estar aquí...

SOLEDAD.- No, debe de haber bajado en el ascensor... (Orgullosa.) Es que yo he subido por la escalera.

(Las dos mujeres comienzan a colocar paquetes y latas de comida en los estantes de la cocina.)

CELIA.- (Aliviada.) ¿Por la escalera?

SOLEDAD.- Como lo oyes. He decidido hacer caso de los consejos de mi hija y de su difunto padre, y llevar una vida más sana... Algo de deporte, nada de tabaco, nada de alcohol... Supongo que viviré muchos más años... Aunque eso sí, qué vejez más aburrida me espera... Mira, hasta me he comprado un chándal y todo...

(CELIA saca un chándal de colores imposibles de una de las bolsas. Lo muestra orgullosa, como si de un diseño exclusivo de Yves Saint Lauren se tratara.)

SOLEDAD.- Lo he comprado en un «Todo a cinco euros»... ¿Sabes cuánto me ha costado? (Se responde ella sola.) Cinco euros, claro... ¿Te gusta?

CELIA.- Sí, sí... (Por decir algo.) Es muy... Muy moderno.

SOLEDAD.- ¿Muy moderno? (Contrariada.) No me gusta llevar cosas «demasiado modernas». Corres el riesgo de quedarte anticuada «demasiado pronto», ¿no crees?... (Saca un disco de la bolsa.) Y a ti te he comprado un disco de Lola Flores, que sé que te gusta, clásica... (Canturrea.) «Tú lo que quieres es que me coma el tigre, que me coma el tigre...» (Deja de cantar.) Oye, ¿te pasa algo? Te noto tensa.

CELIA.- No, que va, estoy bien... Es sólo que... (Consulta su reloj.) se me ha hecho un poco tarde... Voy a arreglarme el pelo... ¿Colocas tú esto?

SOLEDAD.- Sí, ve, ve...

(CELIA se mete en el baño. Oímos el ruidito del secador.)

SOLEDAD.- ¿Y qué quería el del gas?

CELIA.- (Desde el baño. No oye con el ruido.) ¿Qué?

SOLEDAD.- (Más alto.) ¡¿Que qué quería el del gas?!

CELIA.- (Desde el baño.) Pues... Nada importante. Una típica revisión de esas, te miran la... la alcachofa.

SOLEDAD.- (Muerta de risa.) ¿Te miran la alcachofa? Hija, eso suena fatal, que quieres que te diga... «Ding, dong... ¿Sí?... Hola, buenas, soy el del gas, vengo a mirarle su alcachofa...»

CELIA.- (Desde el baño.) Mujer, ellos no le llaman alcachofa, sino de otra manera... Ahora no me acuerdo.

SOLEDAD.- (Olisqueando.) ¿El del gas usaba «Armani»?... ¡Qué nivel, Maribel!

(CELIA sale del cuarto de baño con el secador en la mano.)

CELIA.- ¿Cómo dices?

SOLEDAD.- ¿Que si el del gas usaba colonia «Armani»?

CELIA.- (Nerviosa.) ¿Armani? No sé... No me he fijado...

SOLEDAD.- Hija, pues deberías. Un hombre que usa Armani y te quiere mirar la alcachofa puede acabar de padre de tus hijos...

CELIA.- (Cambiando de tema.) A propósito, ¿qué tal tu prueba?

SOLEDAD.- Fatal... Tenías razón, las quieren más jóvenes... (Imita la voz del jefe de casting.) «No, actrices de carácter no queremos» me dijo el jefe de casting... Eso y llamarme vejstorio tres cuartos de lo mismo... Pero no me importa, la película olía a bodrio... ¿Quieres saber el título? (Con aire macabro.): «Mis ojos se cierran cada noche». Más que el título de una película parece un anuncio de somníferos...

CELIA.- No te desanimes...

SOLEDAD.- ¡Nunca! Antes muerta... Me llaman Lady Corcho, no hay quien me hunda.

(CELIA vuelve a entrar al cuarto de baño.)

SOLEDAD.- ¿Vas a cenar fuera?

CELIA.- (Desde el baño.) Sí, no me esperes levantada.

SOLEDAD.- (Cotilla.) ¿Y con quién? Si puede saberse.

(SOLEDAD se acerca a la mesita que hay delante del sofá y repara en el cigarro que está en el cenicero.)

CELIA.- (Desde el baño.) ¿Cuál era una de nuestras reglas de oro? ¿Libertad, libertad y libertad, quizás?

SOLEDAD.- Chica, es sólo una pregunta de amiga a amiga... O de moderadamente amiga a moderadamente amiga, que es lo que somos tú y yo.

CELIA.- (Desde el baño.) He quedado con una antigua compañera de clase. Ha montado un bufete. A lo mejor comienzo a ir allí de prácticas.

(SOLEDAD coge el cigarrillo y lo estudia con interés. Luego lo suelta con cierto desdén.)

SOLEDAD.- Eso, tú practica, que la práctica es algo muy importante.

(CELIA sale del baño con el pelo ya casi seco.)

CELIA.- Me voy a vestir...

SOLEDAD.- Un momento... ¿Te importaría contestarme a algo?

CELIA.- No, claro...

SOLEDAD.- ¿Seguro que quien ha estado aquí ha sido el de la alcachofa? Porque sólo conozco una persona en el

mundo capaz de usar Armani y fumar Celtas sin boquilla al mismo tiempo...

CELIA.- (**Haciéndose la ingenua.**) ¿Ah, sí?... ¿Quién?

SOLEDAD.- Mi ex. Alfredo...

CELIA.- (**Nerviosa.**) ¿Alfredo? ¿Para qué iba a venir Alfredo aquí?

SOLEDAD.- No lo sé, por eso te lo pregunto... Y no me mientas, que la actriz de la familia soy yo y a ti te sale fatal.

CELIA.- Está bien... Ha estado aquí. Me extraña que no te hayas cruzado con él.

SOLEDAD.- (**Seca.**) ¿Y a qué ha venido? Aparte de a molestar...

CELIA.- Quería hablar contigo.

SOLEDAD.- Ese mamarracho y yo no tenemos nada de qué hablar.

CELIA.- Ya, y como no tenéis ningún tema en común por eso vas y le cuentas todos los chismes de mi divorcio...

SOLEDAD.- Eh, eh, para el carro, Ben Hur, que yo no le he contado nada.

CELIA.- Pues, según él, sí.

SOLEDAD.- Sólo le comenté que estabas muy afectada y que no querías hablar del tema con nadie... Hija, es que, de verdad, tengo que ir por ahí, como una espía rusa cualquiera, sonsacando información sobre ti a todo bicho viviente.

CELIA.- ¿Y qué querías sonsacarle a Alfredo? ¿A ver? Que me entere yo.

SOLEDAD.- Pues por qué te habías marchado del trabajo, así de repente, con lo contenta que estabas. Una explicación, no sé... Pero no soltó prenda, le tienes bien aleccionado, hija. Desde luego, La Dama de Elche es más expresiva que tú, al menos en ese tema.

CELIA.- Alfredo ha venido porque quería hablar contigo, pero que... (**Inventando.**) que no le llames, que ya te llamará él.

SOLEDAD.- No entiendo nada... A ese hombre le falta un tornillo..., ¿Qué digo un tornillo? ¡Una ferretería entera!

CELIA.- Yo me voy a vestir... Y haz el favor de no volver a comentar mi divorcio con nadie. Ni mi despido.

SOLEDAD.- Tu vida es la fórmula de la Coca-Cola, que barbaridad. Pero vale, vale... Lady Corcho se transmuta en Lady Tumba. Y Lady Tumba anda un poco revuelta. (**Se toca la tripa.**), así que se trasmuta a su vez en Lady Roca.

(**SOLEDAD se mete en el baño. CELIA entra en su habitación.**)

(**La escena queda vacía unos segundos. La cabeza de CELIA asoma de nuevo por la puerta de su dormitorio. Se acerca con sigilo a la carpeta en la que metiera el número de teléfono que le dio ALFREDO. Después, va al teléfono. Marca el número.**)

CELIA.- (**Asqueada. Con ella misma.**) Fuera de cobertura... (**En voz baja.**) Le dejo un mensaje en el buzón de voz... Oye, Alfredo, soy Celia... Eres un imbécil y por tu culpa me he metido en un buen lío... Mamá se ha enterado que has estado aquí. Le he tenido que decir que habías venido a hablar con ella...

(**La puerta del baño se abre y aparece SOLEDAD, que se queda en el marco de la puerta escuchando a su hija.**)

CELIA.- ... Así que no vayas a meter la pata... Alfredo, y de lo que ha pasado entre nosotros ni una palabra a mi madre... Si se entera es capaz de matarnos a los dos...

(**CELIA descubre a su madre.**)

CELIA.- (**Disimula como puede.**) De verdad que es imposible, mi madre me mataría... Este apartamento es muy pequeño, apenas cabemos las dos, no le digo más... Nada, nada, hombre... Adiós, adiós... (**Cuelga. A su madre.**) Que pesado. Era uno de esos telemarketing telefónicos que te quieren captar para hacer reuniones de... (**Pausa.**) Mamá, tienes mala cara.

SOLEDAD.- (Con cara de cabreo.) Es que estoy estreñida, y se me pone la cara así, como para dentro, ya ves...

(CELIA consulta su reloj y se levanta de un salto.)

CELIA.- Huy, ¡pero si es tardísimo!

SOLEDAD.- El teléfono, invento diabólico, que se le va a uno el santo al cielo...

(CELIA se mete en su habitación. SOLEDAD pasea nerviosa. Se muerde las uñas. Y no fuma porque hace poco que dejó el tabaco.)

SOLEDAD.- Pero, ¿será posible? No me lo puedo creer, es que no me lo puedo creer... (Alucinada.) Esta enrollada con mi marido... Bueno, con el que era mi marido. El tiempo del verbo no es lo importante, sino el hecho... A lo mejor lo están desde semanas, o meses... O quizás años... ¡Desde que me casé con él!... ¿Pero cómo he podido estar tan ciega, Dios mío?... (Deductiva.) Ahora lo veo claro, se ha divorciado porque su marido se ha enterado de lo de Alfredo, como si lo viera... ¡Será zorra, será guarra, será asquerosa!

(CELIA aparece por la puerta de su habitación, con un vestido muy ajustado y sexy, aunque dentro de su estilo conservador.)

CELIA.- ¿Estás hablando sola?

SOLEDAD.- (Reprimiendo el enfado.) No, no hablo, estoy ensayando... Mañana tengo otra prueba.

CELIA.- Que bien. ¿Y para qué es?

SOLEDAD.- Una película para televisión... Se van a hacer muchas.

(CELIA da la espalda a su madre, mostrándole la cremallera.)

CELIA.- ¿Me la cierras?... ¿Y de qué va la historia?

(SOLEDAD le comienza a cerrar la cremallera con muy malos modos.)

SOLEDAD.- De una madre de familia que le da el punto y se vuelve un «serial killer» de esos que matan a diestro y siniestro, sin seso ni medida... Mucha sangre, muchas vísceras... Mucho éxito, supongo...

CELIA.- ¡Ay, me haces daño!

SOLEDAD.- Lo siento, es que se había atrancado la cremallerita... Ya está.

(CELIA se da la vuelta.)

CELIA.- De verdad que tienes una cara horrible... Tómate unas ciruelas, que vienen muy bien para estas cosas.

SOLEDAD.- ¿Y se puede saber dónde vas tan mona, tan sexy, tan apretadita tipo butifarra fina toda tú...?

CELIA.- Ya te lo he dicho, he quedado con una amiga... Y llego tarde.

SOLEDAD.- Hija, más bien parece que hubieras quedado con un hombre, menudo modelón...

CELIA.- Me conviene dar una buena imagen. Hace casi un año que no nos vemos y quiero que me deje hacer esas prácticas ¿Tú no sales?

SOLEDAD.- No. Voy a ensayar para el «serial killer»... Quién sabe, a lo mejor tengo posibilidades... Ganas de matar no me faltan...

(CELIA da un beso a su madre y se dirige hacia la puerta.)

CELIA.- Que te salga bien... Me voy, hasta luego.

(CELIA sale. SOLEDAD se queda de pie, sin mover un músculo. Con cierto asco se limpia la mejilla.)

SOLEDAD.- ¡Beso de Judas!... Cría cuervos y se enrollaran con su padraastro... (**Abatida.**) ¡Díos mío!... Pero, ¿seré gilipollas?... ¡Mi propia hija!... Ella, con su carita de buena, con su verborrea conservadora y tirándose al padraastro. Porque ha quedado con él, de eso no me queda duda... A mí no me engaña la asquerosa ésa... ¿Y ahora qué hago yo? ¡Venganza!... Porque aunque esté mal reconocerlo, yo soy muy, pero que muy vengativa... ¡Necesito una copa!... O mejor dicho, varios miles de copas.

(El timbre de la puerta suena.)

SOLEDAD.- (**Calentándose.**) ¡Oh, vaya!... La guarrona se debe haber olvidado algo...

(SOLEDAD abre la puerta con muy malos modos.)

SOLEDAD.- ¡ ¿Qué pasa, mamarracha!!?

(El recién llegado no es CELIA, sino LUIS, el ex-marido de su hija. Tiene más o menos la misma edad de CELIA. Es atractivo, con cara de niño-bueno-que-no-ha-roto-un-plato-en-la-vida. Viste de manera desenfadada, pero sin estridencias.)

LUIS.- (**Cortado por el recibimiento.**) Hola, Soledad...

SOLEDAD.- (**Un poco avergonzada.**) Luis...

LUIS.- Quizá lle go en mal momento...

SOLEDAD.- (**Ingenua.**) ¿Por qué lo dices?

LUIS.- No, por nada... Espero que no te moleste mi visita.

SOLEDAD.- (**Sin prestarle demasiada atención.**) No, no. Es que pensaba que eras... (**Se interrumpe.**) Es igual... Pasa, pasa, ex-yerno...

(SOLEDAD empuja al chico dentro de la casa.)

SOLEDAD.- Pues mira que fatalidad, Celia no está, se acaba de marchar...

LUIS.- Ya sé que Celia no está... La he visto salir... Quería asegurarme de que no estuviera aquí... Me gustaría hablar contigo...

SOLEDAD.-¿Conmigo?

LUIS.- (**Le cuesta.**) Sí... Verás... Supongo que tú te habrás preguntado... Bueno, que tendrás curiosidad por conocer las causas de nuestro... divorcio. ¿No?

SOLEDAD.- No te preocupes, Luis... Sé perfectamente cuál ha sido la causa de vuestro divorcio...

LUIS.- (**Cortado.**) ¿Ah, sí?

SOLEDAD.- (**Tajante.**) Sí.

LUIS.- ¿Te ha contado Celia que yo...?

SOLEDAD.- (**Interrumpiéndole.**) No, que va... Celia no cuenta nada... (**Enfadada.**) Celia es como una almeja, críptica, introvertida, estoica...

LUIS.- Entonces, ¿cómo lo sabes?

SOLEDAD.- Chico, no hay que ser muy lista para darse cuenta... Salta a la vista.

LUIS.- (**Preocupado.**) ¿Tanto se nota?

SOLEDAD.- Yo nunca me lo habría imaginado, pero al fin la verdad se ha revelado ante mis ojos... ¡Zas! Así, de repente.

LUIS.- Nunca creí que fuera tan obvio...

SOLEDAD.- Ni yo, con tanto disimulo, tanto ocultamiento...

LUIS.- Pensé que era mejor que nadie lo supiera. Es difícil explicar ciertas cosas...

SOLEDAD.- Y tanto. Esto no le pasa a todo el mundo. Mejor dicho, a casi nadie.

LUIS.- Mujer, tanto como a casi nadie.

SOLEDAD.- ¿Cómo que no? A ver, cuéntame un caso parecido.

LUIS.- (**Cortado.**) No sé, Soledad, dicen que al menos un diez por ciento...

SOLEDAD.- (Atónita.) ¿Un diez por ciento? Pero qué barbaridad, eso no lo puedo creer... **(Para ella.)** Cuanto padrastro salido.

LUIS.- Pues es verdad. Y la historia está llena de casos. Hay muchos personajes históricos que...

SOLEDAD.- (Le interrumpe.) ¡Sí, hombre, claro, «Electra», no te digo! Pero eso no cuenta...

LUIS.- (Sorprendido.) ¿Electra era...?

SOLEDAD.- Totalmente. Hijo, qué incultura teatral la tuya...

LUIS.- (Abatido.) Yo... Yo sólo puedo decir que lo siento. Siento mucho que todo haya terminado así. Y por mi culpa.

SOLEDAD.- Pobre mío... Pero si no es culpa tuya. Tú no lo has podido evitar.

LUIS.- (Preocupado.) Claro que sí... Podía haberlo evitado, pero no tuve fuerzas.

SOLEDAD.- Somos seres humanos, no máquinas... No te regodees en el sufrimiento, que no vale para nada.

LUIS.- Gracias, Soledad... De verdad, no sabes cómo te agradezco que seas tan moderna, tan natural. No lo esperaba.

SOLEDAD.- Es que yo tengo muy mala fama, pero soy un pedazo de pan... Nunca se termina de conocer a las personas, ¿sabes?... De la manera más inesperada, surge una luz, una visión, un nuevo punto de... **(Parece caer en la cuenta de algo.)** ... vista... ¿Un nuevo punto de vista? Eso, eso es lo que yo necesito... ¡Pero seré tonta!... **(Cae en la cuenta de que el instrumento perfecto de su venganza está sentado junto a ella.)** ¡Ojo por ojo y diente por diente!

LUIS.- ¿Cómo dices?

SOLEDAD.- Qué mejor venganza que dar donde más duele, ¿no te parece?

LUIS.- No te entiendo.

(SOLEDAD se sienta junto a LUIS, muy coquetuela ella.)

SOLEDAD.- (Feliz.) Ni falta que te hace, ya te lo voy a explicar yo... Así que querías hablar conmigo... ¿Y sólo hablar, corazón?

LUIS.- Bueno, de entrada sí... Hablar.

SOLEDAD.- (Explota.) ¡Pues es una lástima que no seas más ambicioso! Pero de entrada hablemos... ¡Hablemos hasta que la lengua se nos quede en carne viva!

LUIS.- (No entiende nada.) Soledad, ¿te encuentras bien?

SOLEDAD.- (Feliz.) Divina, pletórica, meteórica... Pero antes de nada, vamos a tomarnos una copita, la ex-suegra con el ex-marido de su ex-hija... **(Rectifica. Con mala uva.)** ¡Ah, no! La hija no es ex. Esa... Esa sigue siendo mía.

(SOLEDAD se acerca a la barra y agarra unas botellas.)

SOLEDAD.- ¿Whisky? ¿Ron? ¿Ginebra? ¿Lejía?

LUIS.- ¿Coca-Cola tienes?

SOLEDAD.- (Pone cara de asco.) ¿Coca-Cola? La madre qué te parió... Menuda juventud ¡Cómo no os van a faltar ilusiones bebiendo esas guarrerías!

LUIS.- (Intenta hacer un chiste.) Hombre, es la chispa de la vida.

SOLEDAD.- (Entre dientes.) Te voy a decir yo a ti lo que es la chispa de la vida... **(A LUIS.)** Venga, tómate algo fuerte... ¡Ya sé! Te voy a preparar uno de mis cócteles mágicos, famosos en el mundo entero y parte del extranjero... Eso es lo que necesitamos tu y yo.

(Se pone a preparar un cóctel. La alegría ha vuelto a su espíritu. Y de qué manera...)

SOLEDAD.- Qué curiosa es la vida... ¿Tú crees en el efecto balanza?

LUIS.- ¿Balanza?

SOLEDAD.- Sí, hombre... Eso de que todo lo que sube baja, todo lo que entra sale... **(Matiza.)** Y si no lo sacan a

la fuerza... **(De vuelta.)** La ley de compensación universal... Nuestro karma.

LUIS.- Yo no creo mucho en esas cosas...

SOLEDAD.- Pues yo sí, y a partir de hoy mucho más. Porque este inolvidable momento es pura balanza, créeme...

(SOLEDAD se acerca a LUIS y le alarga uno de los vasos. Se lo llena con la coctelera, que después deja sobre la mesa.)

SOLEDAD.- Uno para ti y otro para mí... Este cóctel se llama «Golden Heart in a lovely sunset»... Corazón dorado en un atardecer amoroso. Te lo traduzco por si no hablas idiomas, claro.

LUIS.- Thank you.

SOLEDAD.- (Encantada.) ¡Pero si hablas idiomas y todo! ¡Brindemos por las lenguas del mundo, por las vivas y las muertas! ¡Brindemos!

(Los dos brindan. SOLEDAD se sienta al lado de LUIS.)

LUIS.- (Con la garganta quemada.) ¡Está fortísimo!

SOLEDAD.- Es que esta es una bebida para hombres hechos y derechos... **(Lo termina de un trago.)** ¡Como yo!

(El comentario de soledad parece no sentarle demasiado bien a LUIS, pero el joven se abstiene de decir nada. SOLEDAD se muestra extrañamente coqueta.)

SOLEDAD.- Oi, oi, oi... Ahora que me fijo...Tienes unas pestañas preciosas y kilométricas... Si alguna vez te quedas calvo te las puedes peinar para atrás y te ahorras el peluquín...

(SOLEDAD ríe encantada. Luego, llena de nuevo los dos vasos.)

SOLEDAD.- Otra copita...

LUIS.- Para mí no...

SOLEDAD.- (**Sin dejarle opción.**) Para ti sí, claro que sí.

(**SOLEDAD le alarga el vaso, el chico lo coge. Qué remedio.**)

SOLEDAD.- Un amigo mío siempre decía: ¡Para las pocas penas, las copas llenas!... Qué majo era el jodío... Murió alcoholizado, en fin... (**Le vantando su copa.**) Por ti y por mí y por el divorcio, que es una cosa estupenda...El gobierno debería implantarlo obligatoriamente... A los dos años de casados ¡a divorciarse y a buscar otra pareja! (**Como loca.**) ¡Brindemos por ello!

(**SOLEDAD vuelve a llenar los dos vasos.**)

LUIS.- No, Soledad, yo no quiero más, que no estoy acostumbrado a beber alcohol y se me está subiendo a la cabeza...

SOLEDAD.- ¡Toma, claro, para eso te estoy echando! ¡Para que se te suba todo y olvides tus problemas! ¡Por nosotros!

(**Los dos vuelven a beber.**)

LUIS.- (**Sonríe.**) Pensar en lo mucho que me ha costado venir a verte y lo bien que ha resultado todo. Es increíble.

SOLEDAD.- ¡Esa es la palabra, increíble! Y ahora, ni una palabra más sobre mi hija... No quiero que me cuentes nada más de ese tema hasta que estemos muy borrachos los dos, hasta que el alcohol nos chorree por las orejas, por los codos, por los pendientes, por los tacones...

(**SOLEDAD se levanta de un brinco del sofá y no hace una doble pirueta porque no sabe.**)

SOLEDAD.- ¡Que corra por nuestras venas como si fuera nuestra propia sangre...!

(SOLEDAD bebe de su copa. LUIS se levanta. Se le notan perfectamente las copas. Coge su bebida y se acerca a soledad.)

LUIS.- Ahora soy yo quien propone un brindis.

SOLEDAD.- Así me gusta, a las pocas penas...

LUIS.- Brindo por Soledad, la mejor suegra que he tenido nunca.

SOLEDAD.- (Irónica.) Hijo, si he sido la única...

LUIS.- ¡Chist! Que no he terminado aún... **(Le vanta de nuevo su copa.)** Y por Soledad, la mejor amiga que espero tener... Tan comprensiva, tan abierta.

SOLEDAD.- Muy comprensiva, bellezón. Y muy abierta, no sabes tú lo abierta que yo estoy...

(Los dos beben.)

SOLEDAD.- ¿Sabes lo que vamos a hacer tú y yo ahora mismo?... Irnos a cenar a un sitio maravilloso... ¿Te gusta la comida griega?

LUIS.- No la he probado nunca.

(SOLEDAD se ha puesto su abrigo. Está bastante borrachilla.)

SOLEDAD.- ¡Eso es un crimen! ¿No has estado en Grecia?

LUIS.- No...

SOLEDAD.- Es un sitio ideal, sobre todo las islas: Mikonos, Santorini, Creta... Con ese mar, esas playas, esas ruinas tan... Tan ruinosas y estropeadas, pero tan románticas... Y unos hombres guapísimos...

LUIS.- (Interesado.) Vaya. Tendré que ir...

SOLEDAD.- Y para que vayas abriendo boca, esta noche te vas a comer una Musaka para perder el sentido.

LUIS.- ¿Musaka? ¿Qué es?

(Los dos van hacia la puerta.)

SOLEDAD.- Cuanto tengo que enseñarte, Luisito... La musaka es un pastel de berenjenas buenísimo... Eso sí, hay que regarlo con retsina, el vino griego... ¡Hagamos caso a mi amigo, para las pocas penas, las copas llenas...!

(SOLEDAD agarra a LUIS por la cintura. Sus gestos no están exentos de cierta lujuria descontrolada. Apaga la luz. Los dos salen. El escenario queda vacío. El luminoso atardecer que veíamos a través de la ventana se convierte en noche cerrada.)

(Alguien abre la puerta de la calle y enciende la luz. Es CELIA. Entra con cuidado, sin hacer ruido. Se acerca a la puerta de la habitación de su madre, que está entornada, y mira al interior.)

CELIA.- ¿Mamá?

(CELIA enciende la luz de la habitación.)

CELIA.- (Sorprendida al ver que no hay nadie.) ¿Mamá? Vaya, la que iba a ensayar...

(CELIA se quita los zapatos con evidente dolor. Después, va a la nevera y sacando la botella de leche se sirve un vaso. Escuchamos el típico ruido de un ascensor llegando a la planta. Después, se oye un gran golpe, de la puerta del ascensor al cerrarse. Y unas risas escandalosas.)

CELIA.- Menudo cachondeo que se traen los vecinos... **(Mira su reloj.)** Que ya no son horas.

(CELIA se acerca a la puerta de la calle y pega el ojo a la mirilla. Oímos más risas.)

CELIA.- (Estupefacta.) ¿Qué? No es posible...

(CELIA apaga la luz y se mete en el baño, todo ello sin hacer el más mínimo ruido. Justo al mismo tiempo, la puerta de la calle se abre. Son SOLEDAD y LUIS, que vienen completamente borrachos. Intentan no hacer ruido, evidentemente sin conseguirlo.)

SOLEDAD.- (Muerta de risa.) ¡Chisst!... Menudo porrazo te has metido... Casi te abres la cabeza.

LUIS.- (Ídem.) Sí, qué daño... Me va a salir un chinchón.

SOLEDAD.- ¿Un chinchón? Querrás decir un chichón... Aunque con todo el alcohol que has tragado no me extrañaría nada que te saliera chinchón por la cabeza.

LUIS.- Oye, que tengo muchas ganas de ir a Grecia, ¿sabes? A ver esas islas, y esas ruinas tan estropeadas y esos hombres...

(SOLEDAD le tapa la boca con la mano. Ahora los dos hablan como si fueran niños pequeños.)

SOLEDAD.- ¡Calla! A lo mejor la bruja está durmiendo... No debemos despertarla.

LUIS.- No, porque si despertamos a la bruja nos comerá a los dos.

SOLEDAD.- Exactamente... ¡Pero resalao eres, leche!... Voy a mirar en su guarida, tú no hagas ruido, ¿vale?

LUIS.- No te preocupes. Me pongo el silenciador...

(SOLEDAD se acerca a la puerta de la habitación de su hija.)

(LUIS va hacia el bar a trompicones, con ese aire entre desvalido y divertido que el alcohol proporciona a quien lo bebe por primera vez.)

LUIS.- Voy a servirme una copita, que para las copas llenas es mejor no tener penas... ¿No era así el refrán, Sole?

(LUIS tropieza con uno de los zapatos que dejó tirados CELIA. Y se pega un gran porrazo contra el suelo.)

LUIS.- (Riendo.) Que le he cogido yo gusto a esto de caerme, joder...

(SOLEDAD sale de la habitación de su hija.)

SOLEDAD.- Lo suponía... La bruja no está. Se habrá ido volando en su escoba... **(Un nuevo ataque de risa.)** ¿Qué haces en el suelo? ¿Me lo vas a encerar?

LUIS.- Me he tropezado con tu zapato.

SOLEDAD.- Eso es imposible, los tengo puestos, príncipe... Mira.

(SOLEDAD le enseña a LUIS los pies, primero uno y luego el otro.)

SOLEDAD.- ¿Lo ves? Uno y dos... Dos pies, dos zapatos.

LUIS.- ¿Entonces...?

(SOLEDAD coge el zapato que le tiende LUIS.)

SOLEDAD.- ¡Cuidado! Este zapato es de la bruja piruja... Pero no te preocupes... Ella aún tardará en venir... Tiene cosas muy importantes que hacer... Porque esta bruja es una bruja muy, muy importante... Y muy ocupada. Es una bruja-yuppi.

(SOLEDAD intenta ayudar a LUIS a levantarse del suelo. No puede y cae encima de él.)

LUIS.- ¿A ti también te gusta caerte?

SOLEDAD.- Si es encima de ti no me importa, corazón, de verdad te lo digo...

(SOLEDAD le toca el bíceps a LUIS.)

SOLEDAD.- Pero fíjate tú que músculo tienes aquí... Tan redondito, tan ideal...

LUIS.- Se llama bíceps...

SOLEDAD.- (Al músculo.) Hola, bíceps... Yo soy Sole... ¿Estudias o trabajas? (Busca una excusa para desnudar a LUIS.) Oye, Luisito, ¿no hace un poco de calor aquí?

LUIS.- No.

SOLEDAD.- ¿Cómo que no? Hace un calor como para derretir los polos.

(Le desabrocha la camisa. LUIS termina de quitársela.)

SOLEDAD.- Así, mucho mejor, dónde va a parar... Pero sigamos con la clase de anatomía práctica... ¿Y éste tan estupendo, como se llama?

LUIS.- Dorsal...

SOLEDAD.- Dorsal... ¿Y para qué sirve?

LUIS.- Pues, no sé, para muchas cosas... (Piensa.) Por ejemplo, para remar en las barcas del Retiro...

SOLEDAD.- Hay que ver lo que sabes, tan joven y lo que sabes... (Divertida.) Oye, bombón, dime... Si la bruja nos viera ahora mismo, ¿tú qué crees que diría?

LUIS.- ¿Que somos malos?

SOLEDAD.- Malíííísimossss...

LUIS.- ¿Que somos perversos?

SOLEDAD.- Perversííííísimos... ¿Y qué más diría?

(La puerta del baño se abre y CELIA sale.)

CELIA.- Que sois unos hijos de puta...

(SOLEDAD y LUIS se quedan boquiabiertos. Se levantan del suelo a duras penas.)

SOLEDAD.- (Disimula.) Huy, fíjate, no sabía que estabas en casa...

CELIA.- No hace falta que lo jures.

LUIS.- (Avergonzado.) Hola, Celia...

CELIA.- (A LUIS.) ¿Qué haces aquí?

LUIS.- Yo... He venido a hablar contigo.

CELIA.- Sí, ya veo, y por el camino te has tropezado con mi madre y habéis aprovechado para tomar unas cañas...

LUIS.- Con tu madre no, que va... Me he tropezado con tu zapato.

SOLEDAD.- Y cañas no, Retsina griega...

CELIA.- Haz el favor de callarte...

SOLEDAD.- Perdón, perdón...

CELIA.- (a LUIS.) Vete de mi casa ahora mismo.

LUIS.- Sí, será mejor.

(LUIS se dirige a la puerta. SOLEDAD le agarra.)

SOLEDAD.- ¡Un momento! ¡Tú no vas a ningún sitio!

CELIA.- ¡Mamá, por favor!... No montes uno de tus numeritos.

SOLEDAD.- ¡Ni por favor, ni por nada!... Ésta también es mi casa, y quiero que se quede.

CELIA.- No sé cómo después de lo que has hecho te queda vergüenza para mirarme a la cara.

SOLEDAD.- Debe ser una cosa de familia, porque yo me estaba preguntando lo mismo acerca de ti...

CELIA.- ¿Yo? ¿Qué he hecho yo para sentir vergüenza?

SOLEDAD.- ¡Pero qué cínica que eres! ¡¿Y aún tienes el valor de preguntármelo?! Luis, no me cabe una gota más de alcohol, estoy preparada... Creo que ha llegado el momento de que cuentes por qué te has separado de tu mujercita.

LUIS.- **(Balbuceando.)** Yo, creo... Que... Ahora no...

SOLEDAD.- ¡Di que la tuviste que abandonar al descubrir que estaba enrollada con su padrastro...! ¡Di la verdad!

CELIA.- **(No da crédito.)** ¿Yo enrollada con...?

SOLEDAD.- ¡Sí, no disimules!

CELIA.- **(Con rabia.)** ¿Pero eso es lo que crees?... **(A LUIS.)** Venga, haz caso a mi madre... Cuéntanos por qué te has separado de tu mujercita... ¡¡Cuéntalo!!!

LUIS.- **(Explotando.)** ¡¡Porque me pilló en la cama con un hombre!!

(Todos se quedan callados durante unos instantes. Sólo se oye el entrecortado sollozo efílico de LUIS.)

SOLEDAD.- ¿Ha dicho en la cama con un hombre?... Necesito una copa. Ipso-facto.

(SOLEDAD se acerca a la barra de la cocina y se sirve una copa. Se la bebe de un trago.)

SOLEDAD.- **(Buscando las palabras.)** Lo siento Celia... Yo... Me he precipitado. Quizá he cometido un error... **(Avergonzada.)** Yo... Yo creía que tú y Alfredo... Te escuché por la tarde dejarle muy disimuladamente un mensaje en el contestador.

CELIA.- Y claro, lo más sencillo fue pensar que éramos amantes, ¿no? Pero que retorcida eres.

SOLEDAD.- **(Suspicaz.)** Entonces, ¿para qué coño le llamabas con tanto secreto?

CELIA.- Quería evitar que le partieras la cara, sólo eso.

SOLEDAD.- ¿Partirle la cara yo...? No seas ridícula... Lo único que quiero yo de su cara es no volver a verla nunca más.

CELIA.- ¿Ah, sí? ¿Y si yo te dijese la razón por la que ha venido hoy? ¿La razón por la que tuve que dejar de trabajar con él?

SOLEDAD.- Dímela.

CELIA.- ¡Porque quería acostarse conmigo! ¿Contenta?

SOLEDAD.- ¿Que quería...?

(SOLEDAD, **gritando como las locas, se lanza hacia la salida.**)

SOLEDAD.- ¡¡Con mi propia hija!!... ¡Sinvergüenza! Esto sí que no, le mato, le corto lo poco que tiene de hombre...

(CELIA **agarra a su madre y la lleva hasta el sofá.**)

CELIA.- (Interrumpiéndole.) ¿¡Te quieres tranquilizar!?

SOLEDAD.- ¡¡Será posible!!.. ¡¡En mi propia casa, con mi propia hija... Mi propio marido!!

CELIA.- (Puntualizando.) Tu ex-marido...

SOLEDAD.- (Mosca.) Chica, que manera de puntualizar, parece que te alegraras por lo de la ex...

CELIA.- ¿Tú no?

SOLEDAD.- ¿No le estarás defendiendo, verdad?

CELIA.- Mamá, no seas absurda... Mira, yo entiendo que estés enfadada, es lógico, ha intentado ponerte los cuernos con tu hija... Pero tú no eres mucho mejor que él. Has intentado hacer lo mismo con mi marido...

SOLEDAD.- (Puntualiza.) Con tu ex-marido, «querida».

CELIA.- No, mi marido, «querida». Aún no hemos iniciado los trámites.

LUIS.- ¿Ponerte los cuernos conmigo? No digas sandeces, Celia.

CELIA.- No me vas a venir ahora con que no te has dado cuenta de que te estaba intentando seducir...

LUIS.- ¿Seducir? ¿A mí?... Hemos cenado juntos, después hemos tomado unas copas... Llegamos a casa. Yo he tropezado... **(Va cayendo en la cuenta.)** Ella me ha intentado ayudar... Me desabrochó la camisa, me tocó el bíceps y ... **(Se calla.)**

SOLEDAD.- Es que lo tiene tan redondito. **(Suspira.)** Está bien, lo reconozco... Estaba enfadada, dispuesta a vengarme de ti fuera como fuera, bebí más de la cuenta y las cosas se me fueron de las manos...

CELIA.- Yo más bien diría que las manos se te fueron a la cosa... Y bien derechitas.

LUIS.- (Afectado.) ¿Es eso cierto, Sole?

SOLEDAD.- Sí, Luis... Me he pasado toda la noche intentando emborracharte para después...

CELIA.- (Interrumpiéndole.) Ahórrate los detalles escabrosos, ¿quieres?

SOLEDAD.- ¡Qué bochorno! Me siento como la señora Robinson en «El graduado».

LUIS.- (Le da la llorera.) Yo pensaba que éramos amigos, Sole... Uno no debe usar a sus amigos para vengarse.

SOLEDAD.- Lo sé y lo siento... De todas formas, ya que estamos siendo sinceros y con el corazón en la mano, debo confesar que cuando estaba encima de ti hace diez minutos, no estaba pensando en la «venganza» precisamente... Sí, soy una mujer, una madre para ser más exactos... ¿Y es que una madre no tiene ojos? ¿Es que una madre no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? **(Cada vez más emocionada y teatral.)** ¿Es que no está nutrida de los mismos alimentos? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos? Sí...

CELIA.- (Harta.) ¿Vas a hacer «El mercader de Venecia» entero o solo los high-lights? Más que nada para coger una silla.

SOLEDAD.- Chica, qué corte... **(Abandonando su tono shakesperiano.)** Lo que quiero decir es que tú, Luis,

estás muy bien... Y que yo no soy de piedra. No sé si me explico.

CELIA.- De maravilla... Las actrices tenéis una expresividad que tira de espaldas, créeme... De todas maneras, aunque yo no os hubiera interrumpido, no habrías tenido mucho que hacer... **(A su ex.)** ¿O quizás sí, Luis? ¿Quizá de repente te gustan las mujeres maduras? **(Dura.)** O mejor dicho: ¿Quizá de repente te gustan las mujeres?

SOLEDAD.- **(Intentando calmar los ánimos.)** No creo que atacarse sea la solución a ningún problema... Parece ser que esta noche se ha cometido aquí más de un error... ¿Y si todos fumásemos la pipa de la paz?

(SOLEDAD les mira alternativamente.)

SOLEDAD.- Ya veo que no os gustan las películas del oeste...

(SOLEDAD se acerca a LUIS.)

SOLEDAD.- Lo siento... No quise herirte. **(Mira a su hija.)** Ni a ti.

CELIA.- **(Se enternece.)** Yo tampoco quise herirte... **(Mira a LUIS. Dura.)** Ni a ti... Siento lo que acabo de decir...

LUIS.- **(Mira a CELIA.)** Y yo no quise herirte... **(Mira a SOLEDAD.)** Ni a ti...

SOLEDAD.- **(Sorprendida.)** ¿Ni a mí?...Pero, si a mí no me has hecho nada... Ya me hubiera gustado, ya... **(A su hija.)** Era una bromita, Celia, una inocente bromita... Y dejemos ya todo este arrepentimiento colectivo, que me esta entrando complejo de secta... **(Resolutiva.)** Bueno, bueno, bueno, vayamos a lo que importa... Así que, según tú, Alfredo ha intentado meterte mano...

CELIA.- **(A la defensiva.)** Según yo no... Es la pura verdad.

SOLEDAD.- Bien, tranquila. Entonces lo que yo necesito ahora es: ¡Contraatacar...!

LUIS.- Y yo un café, por favor... Estoy muy mareado.

SOLEDAD.- Pues pónitelo tú, corazón, que yo tengo la cabeza en otro sitio.

(LUIS se levanta y se acerca a la cocina.)

CELIA.- Mamá, ¿no has tenido bastantes emociones por hoy?

SOLEDAD.- No, yo quiero más, mucho más... Soy una ninfómana emotiva. Se va a enterar ese chulo playa.

CELIA.- La venganza es un plato que se debe servir frío.

SOLEDAD.- Después de diez años de matrimonio te puedo asegurar que la cosa está bien fría, hija... ¡Helada! Ese hombre está pidiendo a gritos un buen escarmiento... Y se lo vamos a dar ¡esta noche!...

(SOLEDAD se dirige al teléfono.)

CELIA.- Piensa lo que vas a hacer antes de hacerlo, qué miedo me das.

SOLEDAD.- ¿Tanto te importa lo que le pueda pasar a Alfredo?

CELIA.- Evidentemente no. Quien me preocupa eres tú.

SOLEDAD.- (Mientras marca un número.) No sufras. Tan sólo le voy a decir que quiero verle.

LUIS.- ¿A la una y media de la mañana? ¿No es un poco tarde?

SOLEDAD.- Alfredo nunca se acuesta antes de las dos o las tres... (Imita la voz de su marido.) «Soy un ave nocturna, cariño» (De nuevo con su voz. Despectiva.) ¡Un buitre carroñero, eso es lo que es!

CELIA.- ¿Y qué le vas a decir?

SOLEDAD.- (Desilusionada.) Nada, porque no está... ¡Mierda! (Cuelga. Enfadada.) Pues yo no voy a poder pegar ojo hasta que me vengue, te aviso...

CELIA.- (Cae en la cuenta.) ¡El móvil! ¡Le podemos llamar al móvil!

SOLEDAD.- No tengo su nuevo número. Cambió hace un par de semanas y...

CELIA.- Pero yo sí lo tengo... Esta tarde me dio una tarjeta con el número, por si cambiaba de opinión respecto a sus proposiciones...

SOLEDAD.- ¡Será guarro! A mí con secretitos y... Bah, a lo que importa... Dame el número.

CELIA.- (**Despistada.**) ¿Dónde puse yo...? (**Cae.**) ¡Ah! ¡Ya sé! Lo metí en la carpeta roja que está en... ¡En el coche!

SOLEDAD.- Ve a por ella, por favor.

LUIS.- ¿Quieres que te acompañe?

SOLEDAD.- No, que baje ella sola... (**A CELIA.**) ¿Te importa?

CELIA.- No... (**Autosuficiente.**) Es más, prefiero bajar sola.

(**CELIA sale del apartamento. SOLEDAD hace un gesto a LUIS para que se siente a su lado. Éste obedece.**)

SOLEDAD.- Tranquilo, que no te voy a meter mano... Sólo quiero que hablemos. (**Tras una pausa.**) Sé que es un tema muy delicado, Luis. Posiblemente no te apetezca hablar de ello, pero...

LUIS.- No le des más vueltas, Soledad. Pregunta.

SOLEDAD.- Bien... ¿Cómo te diría yo para no herirte, para ser fina y no...? (**Directa.**) ¿Eres maricón?

LUIS.- Sí... Me gustan los hombres.

SOLEDAD.- Ya, hasta ahí llego, y además, te alabo el gusto. Donde se ponga un buen tío que se quite todo lo demás...

LUIS.- Por favor, Soledad.

SOLEDAD.- Ay, lo siento... Lo que yo quiero saber, vamos si no te importa sincerarte conmigo, es: ¿desde cuándo eres así?

LUIS.- Desde siempre, supongo...

SOLEDAD.- ¿Y se puede saber por qué te casaste con Celia? No me vengas ahora con que eres un poco miope y no te diste cuenta hasta la noche de bodas de que era una mujer...

LUIS.- Soledad, no te cachondees. **(Pausa.)** Me casé con Celia porque me enamore de ella. Y la sigo queriendo... En cierto modo.

SOLEDAD.- Pues déjame que te diga que meterte en la cama con un tío no es la mejor manera de demostrárselo.

LUIS.- Lo sé... Y lo siento **(Agobiado.)** Yo no quería herir, a tu hija, créeme.

SOLEDAD.- Te creo... Soy una experta en herir a la gente sin proponérmelo. Pero no te atormentes... Así son las cosas... ¿Qué piensas hacer ahora? No pretenderás volver con ella.

LUIS.- No, no quiero volver con ella. Yo... Yo... Soy homosexual, Soledad... Qué raro se me hace pronunciarlo así, tan claro, delante de alguien... Sobre todo de ti... Mi suegra... **(Busca las palabras.)** Yo... Yo no puedo, mejor dicho, no quiero cambiar mis sentimientos. Demasiado tiempo he tardado en darme cuenta, en aceptarme... Y demasiado daño he hecho con tanta mentira... No, no voy a volver con tu hija. Pero siento que le debo una explicación.

SOLEDAD.- Y se la vas a dar, en cuanto suba.

LUIS.- (Nervioso ante la posibilidad.) No sé si este es el momento adecuado. Esta noche está resultando demasiado intensa, ¿no crees?

SOLEDAD.- Tú mismo acabas de decir que has tardado mucho en darte cuenta. No lo alargues más, de verdad. No sería honesto...

(La puerta del apartamento se abre y aparece CELIA. En la mano lleva la carpeta roja. En la otra la tarjeta que le dio ALFREDO.)

CELIA.- Aquí está.

(SOLEDAD coge el teléfono de nuevo.)

SOLEDAD.- A ver, dime...

CELIA.- 608... 526590.

SOLEDAD.- (Al auricular.) Venga, cógelo...cógelo.

CELIA.- A lo mejor no quiere venir a verte.

SOLEDAD.- Es que no va a venir a verme a mí...

(LUIS y CELIA miran a soledad con incredulidad.
SOLEDAD le pasa el teléfono a CELIA. Ésta lo rechaza.)

CELIA.- (En voz baja.) ¡Estás loca si te crees que voy a seguirte el culebrón!

SOLEDAD.- ¡Cógelo!

CELIA.- ¡Que no!

SOLEDAD.- (Firme.) ¡Que lo cojas, coño!

CELIA.- Ésta me la pagas...

(CELIA mira a su madre con rabia y coge el teléfono.
SOLEDAD sonríe victoriosa.)

CELIA.- (Al auricular. Después de tragar saliva.)
Hola, hola Alfredo, soy Celia... Muy bien, aquí en casa, sí...

SOLEDAD.- (Mandona.) Pregúntale que en dónde está.

CELIA.- ¿Dónde estás?... En una cena de negocios...

SOLEDAD.- (Escéptica.) Sí, claro, a la una y media de la mañana. Y yo soy Madame Bovary.

CELIA.- ¿Y esas risas de mujer?... Las camareras.

SOLEDAD.- Claro, que chicas tan simpáticas las camareras, cómo se ríen las muy putas... ¡Dile que se venga para acá!

CELIA.- (Tapando el auricular.) ¡¿Te quieres callar?!
(De nuevo al auricular.) Alfredo, oye es que... Que me lo he pensado mejor y he llegado a la conclusión de que... que quizás tú y yo deberíamos... a lo mejor, quiero decir que...

SOLEDAD.- (Harta.) ¡Ay, hija, cuanto papel de fumar!
Corta el rollo, dile que venga...

CELIA.- (Tapa el auricular. A su madre.) ¿Te quieres callar?... (Al auricular. Toma aire.) Alfredo, que vengas... Eso es... Sí... Sí... Estoy segura... Exactamente... Te espero... (Pausa.) ¿Mi madre?

SOLEDAD.- (A LUIS.) Cómo me teme el muy cobarde...

CELIA.- (Al auricular.) Tranquilo. Mi madre no está, se ha ido de repente a... a... (No se le ocurre que decir.)

SOLEDAD.- (Bromista.) ¡A unas jornadas de cristiandad en Navacerrada!

CELIA.- Se... Se ha ido a Navacerrada, con una amiga a pasar el fin de semana. No va a aparecer por aquí, tranquilo... Adiós. Ven rápido... No tardes... (Cuelga.) ¿Qué? ¿Te ha gustado la función?

SOLEDAD.- La función no ha hecho más que empezar, pero no esta mal como prólogo.

LUIS.- Entonces, ¿va a venir?

CELIA.- En media hora... (A su madre.) Y ahora, ¿te importa explicarme a qué viene todo esto? ¿Qué vas a hacer cuándo se presente aquí?

SOLEDAD.- De eso me encargo yo. Cada cosa a su tiempo y un tiempo para cada cosa.

(SOLEDAD se levanta y se dirige a su habitación.)

SOLEDAD.- Mientras me preparo para el debút, creo que Luis va a aprovechar para decirte algo...

(SOLEDAD entra en su cuarto y cierra la puerta tras ella. LUIS, algo nervioso, se levanta del sofá. La borrachera ha dado paso a un ligero mareo. Se dirige a la cocina.)

LUIS.- ¿Quieres... Quieres un café?

CELIA.- (Sin mirarle. Muy borde.) Si quiero un café lo cojo, que para eso estoy en mi casa.

(LUIS se queda cortado. CELIA saca un paquete de cigarrillos de su bolso y enciende uno. LUIS se sirve un café.)

LUIS.- (Conciliador.) ¿Has vuelto a fumar?

CELIA.- No, Luis, no he vuelto a fumar... (**Expulsa el humo.**) No te fíes de las apariencias. Tú y yo sabemos muy bien que suelen llevar a engaños...

(CELIA, nerviosa, apaga el cigarrillo.)

CELIA.- ¿Sabes? Yo pensaba que estas cosas sólo ocurrían en las películas... Te casas con el hombre ideal: guapo, simpático, dulce, atento... El marido perfecto si no fuera por un pequeño detalle: a los dos años de la boda te enteras que en realidad la novia era él...

LUIS.- Celia...

CELIA.- (Explota.) ¡¡No...!! ¡Cállate, maldita sea, cállate! ¡Quiero que me digas algo!... Y quiero la verdad, Luis, la verdad... Si es que aún queda espacio para ella dentro de ti... (**Pausa.**) ¿Por qué?... ¿Por qué te casaste conmigo?... ¡¿Por qué?!

LUIS.- (Rompe a llorar.) ¡Por que tenía miedo!... Miedo a ser diferente, a que la gente me señalara por la calle y se dijeran entre risas: «¿Ves ese chico de ahí...? Pues renquea, sí, sí, tú ya me entiendes... No le gusta andar por esta acera, sino por la de enfrente» (**Pausa.**) Miedo, Celia... Miedo a la soledad, al abandono, a que me apartaran como si fuera un bicho raro... (**Roto.**) Miedo a quedarme solo...

CELIA.- (Tras una pausa.) Lo siento, pero no me das ninguna pena... ¿Qué esperabas? ¿Que al oírte me iba a lanzar a tus brazos, te iba a consolar y terminaríamos brindando juntos por un hermoso futuro en el que nos intercambiáramos a los novios?... No, Luis, no... No me das ninguna pena... No he sido para ti más que una tapadera... Un hermoso adorno que exhibir, el pasaporte para tu virilidad...

LUIS.- Eso no es verdad... No me casé únicamente para disimular.

CELIA.- No «únicamente» para eso, muchas gracias, es un consuelo enorme.

LUIS.- Estaba a gusto a tu lado... Me sentía protegido... Pensé que mis deseos se irían desvaneciendo y quizá, algún día... **(Pausa.)** Te quería, a mi manera, pero te quería...

CELIA.- ¿A tu manera?... Escúchame. Sólo hay una manera de querer, ¡con el corazón! Lo demás son engaños...

LUIS.- No tengo excusas... Pero ser honesto con uno mismo no siempre es tan fácil como se piensa. Ojalá... Me hubiera ahorrado mucho dolor...

CELIA.- **(Perdiendo su entereza por momentos.)** No entiendo nada... ¿Qué he hecho mal, Luis?... Dímelo, dímelo.

(CELIA rompe a llorar. LUIS se acerca a ella y abrazándola, la consuela. CELIA le rechaza. No es tan fácil convencerla.)

CELIA.- Cinco años de mi vida tirados por la borda... Cinco años viviendo una enorme mentira.

LUIS.- Pero lo que hemos vivido esta ahí, no lo puede cambiar nadie... Encontrarás otro hombre y...

CELIA.- Es que yo no quiero otro hombre. Te quiero a ti...

(Los dos se miran en silencio. CELIA se repone.)

CELIA.- Pero tranquilo. No te voy a suplicar que vuelvas conmigo... Es más, no quiero que vuelvas conmigo. Pero ya que te he pedido la verdad debo pagarte con la misma moneda... Aún te quiero... Pero aprenderé a superarlo, tenlo por seguro.

(A CELIA esta conversación parece haberle venido bien, dotándola de un aire más humano, más alejado de su carácter crítico y rígido y más cerca del carácter liberal de su madre. Casi se diría que está dispuesta a confesar que también ella tiene alguna que otra debilidad.)

CELIA.- ¿Sabes una cosa? A veces tengo el sueño de dejarme llevar, decir lo que siento, y hacer lo que deseo, vivir de una vez cosas que...

(Suena el portero automático, sacando a CELIA de sus confesiones.)

LUIS.- ¡Alfredo!

CELIA.- ¡Qué velocidad! ¿Qué hacemos?

LUIS.- Por lo pronto, voy a avisar a tu madre... Tú abre, pero despacio. Entretenle un poco.

(LUIS va a la puerta de la habitación de SOLEDAD y golpea con los nudillos. CELIA se acerca al telefonillo.)

LUIS.- ¡Soledad! Alfredo ya está aquí...

SOLEDAD.- **(Desde dentro de la habitación.)** ¿¡Ya!? Pero si dijo media hora... Necesito un minuto más.

CELIA.- **(Al telefonillo.)** ¿Quién es?... Sube, sube.

LUIS.- **(A CELIA.)** No... ¡Entreténle!

CELIA.- ¡No! Pero... ¡Oye! ¿Has encontrado sitio para aparcar?... Ajá, pues ya es suerte... ¡Alfredo, espera! Ve con cuidado, que el portal está muy oscuro... La luz está entrando a mano derecha, antes estaba a la izquierda pero por lo visto hubo una junta y... ¿Alfredo? ¿Alfredo? **(A LUIS.)** Nada, ya está subiendo. Lo siento, soy fatal para mentir...

(CELIA cuelga el telefonillo. La puerta de la habitación se abre. SOLEDAD sale. Se ha puesto el albornoz de CELIA, unas gafas de sol y un extravagante turbante en la cabeza, para tapar su pelo. Parece la prima pobre de Norma Desmond.)

SOLEDAD.- ¡¡Tachán!! ¿Qué tal estoy?

CELIA.- Ridícula.

SOLEDAD.- (Desde la habitación.) Hija, tú siempre tan positiva. Créeme, un día vas a explotar de positividad...

CELIA.- ¿Por qué te has vestido así?

SOLEDAD.- Para hacer el pino-puente, que hace mucho que no lo practico... ¡Para que va a ser, tonta! ¡Para Alfredo! le debo convencer de que yo no soy yo, sino tú.

CELIA.- Mamá, hay que ser imbécil para creerse que tú eres yo.

SOLEDAD.- Y el muchacho es imbécil, querida, en grado sumo... ¡Y basta, que yo sé lo que me hago!... Luis, deja la puerta de la calle entreabierta y apaga las luces...

(LUIS hace lo que SOLEDAD le ha ordenado. Las luces de escena bajan. CELIA señala unas esposas que SOLEDAD lleva en la mano.)

CELIA.- (Alarmada.) ¿Pero de dónde has sacado esas esposas?

SOLEDAD.- Mejor no te lo cuento, que es un poco largo... ¿Quieres confiar en mí por una vez y sin que sirva de precedente?

CELIA.- Tú has visto demasiadas películas...

SOLEDAD.- Justo. **(En plan gran diva del cine mudo.)** Y por eso ahora no quiero verlas sino... ¡hacerlas! ¡Rápido, que oigo el ascensor!... ¡Y pase lo que pase no salgáis hasta que yo os llame!

(Los dos entran en la habitación de CELIA y cierran la puerta.)

(SOLEDAD coloca las esposas sobre una de las estanterías. Después, corre a meterse en su habitación. Casi al unísono, se abre la puerta de la calle y vemos recortarse la silueta de ALFREDO. El escenario está casi en penumbra, sólo iluminado parcialmente por la luz del descansillo de la escalera y una tenue claridad que sale de la habitación de SOLEDAD. ALFREDO avanza a tropezones. Sin duda, ha bebido y ha fumado más de la cuenta...)

ALFREDO.- ¿Dónde está mi gatita?

(SOLEDAD sale de su habitación, pero por culpa del contraluz, ALFREDO no puede distinguir nítidamente su rostro. Se apoya en el marco, con una pose muy sexy.)

SOLEDAD.- Miau...

ALFREDO.- (Pícaro.) Ajajá...

(ALFREDO palpa en la pared buscando la luz.)

SOLEDAD.- ¡No! No des la luz...

ALFREDO.- Es que aquí no se ve un pimiento...

SOLEDAD.- La luz de la pasión te iluminará, «tigre»
(Imita un rugido.)

(ALFREDO se acerca a SOLEDAD.)

ALFREDO.- (Encantado.) Tigre... Cuánto he deseado que llegara este momento.

SOLEDAD.- ¿Mucho?

ALFREDO.- Diez interminables años soñando con tus caricias...

SOLEDAD.- Ay, pobre...

ALFREDO.- Y tú con las mías, ¿eh?... Pero ya no es necesario que espíes a escondidas desde el pasillo, ni pegues el oído a la pared, ¿eh?

SOLEDAD.- (Sorprendida.) ¿Eso hacía? Pues fíjate que no recuerdo yo tanto interés...

ALFREDO.- Pues lo tenías, Celia. Tú lo sabes muy bien. Así que déjate de disimulos... Aquí me tienes, todo tuyo...

(ALFREDO se lanza e intenta agarrar a SOLEDAD, que se escabulle de sus brazos y vuelve a huir a una zona de sombras. ALFREDO le sigue. Hacen círculos.)

SOLEDAD.- No, no, no... Sin prisa, no metas la quinta marcha todavía, que esto que me estás contando me interesa... **(Reflexiona.)** Yo os espiaba mientras hacíais el amor... Muy bonito. Cotilleando por los rincones como una porterilla.

ALFREDO.- (Un poco mareado.) Como sigas dando vueltas me voy a caer al suelo. Es que he bebido un par de whiskys, ¿eh?

SOLEDAD.- (Escéptica.) Un par, ya... Pues nada, párate y te vas desnudando.

(ALFREDO comienza a quitarse los pantalones.)

ALFREDO.- ¿Te gusta jugar, eh?

SOLEDAD.- Cuando el contrincante es como tú, sí...

ALFREDO.- ¿Contrincante? ¿Va a ser esto un combate de boxeo?

SOLEDAD.- El amor es una lucha. A veces a muerte, te aviso...

ALFREDO.- (Ya sin pantalones.) Ya estoy, gatita...

SOLEDAD.- No, no... Siéntate en la silla.

ALFREDO.- ¿En la silla? ¿Te gustan los numeritos raros? A mí también.

SOLEDAD.- No, si ya lo sé, guapetón, ya lo sé...

(Alfredo se sienta en la silla. Soledad coge las esposas.)

SOLEDAD.- Así... Dame las manitas.

(ALFREDO le tiende las manos por detrás de la silla. SOLEDAD le sujeta ambos manos con las esposas y éstas a su vez a la silla, dejándole inmovilizado.)

SOLEDAD.- Perfecto. Ahora sí que estás a mi disposición.

ALFREDO.- (Excitado.) ¿Sí? ¿Y para qué?

SOLEDAD.- Para darte lo que tú te mereces...

(SOLEDAD enciende la luz del salón, descubriendo el engaño.)

ALFREDO.- (No se lo puede creer.) So... le... dad.

SOLEDAD.- (Tranquila.) Me llaman...

ALFREDO.- (Temeroso.) ¿Qué haces aquí?

SOLEDAD.- Esta es mi casa... Estoy en ella porque vivo en ella. Y ahora, ¿me puedes explicar qué haces tú aquí, a estas horas de la noche y en calzoncillos?

ALFREDO.- ¿Así que una trampa? ¿Eh? Bueno, pues ya está bien, ya te has divertido. Ahora quítame las esposas y deja que me vaya, ¿eh?

SOLEDAD.- ¡Tú no vas a ningún sitio!... ¿No querías un numerito? ¡Pues lo vas a tener!

(SOLEDAD abre la ventana y arroja la llave de las esposas a la calle.)

ALFREDO.- ¡¿Estás loca?!

SOLEDAD.- (Tan tranquila.) Sí... ¿En serio no te habías dado cuenta hasta ahora?

ALFREDO.- Sole, Soledad, que somos ya muy mayores para estas tonterías...

(ALFREDO intenta zafarse de las esposas, pero no puede. SOLEDAD pasea nerviosa por la habitación.)

SOLEDAD.- Te podría llamar hijo de puta, pero a fin de cuentas tu madre no tiene la culpa de nada... Te podría llamar mentiroso, pero eso ya lo sabía cuando me casé contigo... te podría llamar cabrón, degenerado, sucio, baboso, mamarracho, egoísta, vanidoso... Pero tampoco lo

voy a hacer. Me voy a quedar con un solo calificativo: animal... No eres más que un animal, un animal que no tiene ni idea del significado de la palabra dignidad, y mucho menos de la palabra amor... Hace unos días intentaba recordar las razones por las que me decidí a abandonarte... ¿Por las infidelidades? No creo... ¿Por tu falta de tacto? No, yo tampoco soy de la Familia Real... ¿Por tu escasa inteligencia? Yo tampoco soy una lumbrera... ¿Quieres saber por qué te deje?

(SOLEDAD se acerca a ALFREDO.)

SOLEDAD.- Porque fuiste capaz de arrancarme de aquí dentro (**Se señala el corazón.**) el poco amor que aún sentía, las pocas ilusiones que aún me quedaban, los planes que volví a levantar por ti... Me estafaste los sueños, Alfredo, y eso no puedo perdonártelo.

ALFREDO.- (**Contemporizador.**) Soledad, tú eres una mujer, yo soy un hombre y...

SOLEDAD.- ¿Un hombre? ¡Ja! Tú no eres un hombre... ¡Tú eres un pene mutante con forma de hombre! Tu cerebro no tiene neuronas, sino espermatozoides rabiosos en permanente estado de fuga. Para ti las mujeres no somos más que parte del mobiliario, como un sofá, la tele o el microondas. Y claro, cuando un mueble se pone a hablar lo más fácil es dejarlo de lado y concentrarse en algún asunto más agradable. En otro mueble que no hable, a ser posible...

ALFREDO.- (**Irónico.**) Te auguro un gran futuro como actriz, Sole. Eres única fingiéndote la digna.

SOLEDAD.- ¡Cómo no! Para vosotros las mujeres siempre estamos fingiendo... Cuando hacemos el amor, cuando no lo hacemos, cuando decimos que estamos cansadas, cuando no lo estamos, cuando hablamos, cuando nos callamos como muertas, cuando subimos al Everet y cuando lo bajamos... Para vosotros todo es puro teatro...

ALFREDO.- ¿Y no es verdad?

SOLEDAD.- ¡Pues claro que es verdad! ¡Lo que nunca os preguntáis es cuál es nuestra razón para fingir!... ¡Vosotros, coño, vosotros! ¡Vosotros sois nuestra única razón! Para que vuestro desamparado y esponjoso ego siga estando por las nubes...

ALFREDO.- Yo soy como soy, joder. ¿Qué quieres que haga?

SOLEDAD.- ¡Cambiar, querido, cambiar!... Las mujeres llevamos un buen puñado de siglos luchando para cambiar, ¿te enteras? Vosotros, en cambio, le habéis cogido cierto apego al Jurásico... ¡Y si no sabéis cambiar, al menos tened la decencia de extinguirlos, como los dinosaurios!

ALFREDO.- Me acusas de machista, de insensible... Pregúntate por qué lo soy... Te lo voy a decir... Porque me educaron así. Yo no le he elegido. Ser el macho, el líder, disimular tus sentimientos, no llorar nunca, eso es cosa de débiles. Hay que hablar de fútbol, de puros, de toros y de sexo... ¡Ahí se terminan los dominios de un auténtico hombre!... ¿Y sabes lo más curioso? Fue una mujer quien me enseñó todo eso: mi madre. Una mujer, mira tú por donde... Porque la culpa de que el mundo sea un lugar machista no es de los hombres, sino de las propias mujeres, que no os soportáis entre vosotras. ¡A ver si os enteráis!

SOLEDAD.- Puede que tengas razón... Un pensamiento inteligente ha cruzado tu mente. Ten cuidado a ver si los espermatozoides se te van a poner en huelga al ver el avance de una neurona perdida... **(Resolutiva.)** Pero en fin, tú ya no eres parte de mi vida, apenas un borroso recuerdo, pero... ¿qué pasa con mi hija?

ALFREDO.- ¿Tu hija? Yo con tu hija no he hecho nada...

SOLEDAD.- Porque ella no se ha dejado, que si no!... Pero el folgar se va a acabar. De raíz...

(SOLEDAD va a la cocina, abre un cajón y saca una minipímer.)

ALFREDO.- **(Acojonado.)** ¿Te has vuelto loca? Soledad, ¿qué vas a hacer? No te pongas nerviosa, ¿eh? que tú tienes un pronto muy malo y luego te arrepientes...

(SOLEDAD se acerca a ALFREDO, minipímer en mano.)

SOLEDAD.- Son estupendas estas batidoras modernas porque tienen pilas y te las puedes llevar a cualquier sitio, oye.

ALFREDO.- Basta de hacer el idiota, ¿eh?

SOLEDAD.- Que te vas al campo, te llevas la minipímer...

(SOLEDAD se acerca aún más a ALFREDO. Para ser más exactos, cada vez más cerca de la entrepierna de ALFREDO.)

ALFREDO.- Sole, que te pierdes...

SOLEDAD.- Que te vas a la playa, te llevas la minipímer... Que le quieres cortar los testículos a tu ex-marido... ¡Te llevas la minipímer!

(SOLEDAD enciende la batidora y la pasa muy, muy cerca de la entrepierna de su atónito ex-marido.)

ALFREDO.- ¡¡Sole, Sole por favor!!

SOLEDAD.- ¡Despídete de tus huevecillos, que no son sólo tuyos, no, para nada, simbolizan todos esos pequeños y malévolos huevecillos que las mujeres del mundo tenemos que soportar todos y cada uno de los días de nuestra vida...!

ALFREDO.- ¡Escúchame, un solo segundo! ¡Hay algo que debes saber!

(SOLEDAD desconecta la minipímer.)

SOLEDAD.- ¿Qué?

ALFREDO.- Verás, tu hija no es lo que parece... Celia está obsesionada con el sexo... Ella es... ¡Orgasmo-dependiente!

SOLEDAD.- Caballero, ¿me lo puede repetir?

ALFREDO.- Orgasmo dependiente, como lo oyes... Hasta tuve que despedirle del trabajo porque no paraba de insinuarse...

(A SOLEDAD le da un ataque de risa.)

ALFREDO.- (Molesto.) ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? ¿Eh?

SOLEDAD.- ¡Está claro que para ti la medida de mentir es mentir sin medida! Serías capaz de jurar que Teresa de Calcuta es una estrella del porno con tal de salvar el pellejo... (**Señala su entrepierna.**) Nunca mejor dicho lo de pellejo...

(SOLEDAD conecta la minipímer.)

SOLEDAD.- ¡Pasó tu tiempo!

ALFREDO.- ¡No, escucha! Sé que esto que te cuento puede resultar increíble, pero es cierto... (**Al ver que su explicación no surte efecto.**) ¡De acuerdo! Está bien...¿Quieres la verdad?...

SOLEDAD.- ¡Pues sí, llevo diez años esperando que digas algo medianamente creíble...!

ALFREDO.- Durante nuestro matrimonio contuve mis apetitos respecto a tu hija. Pero ahora, ¿eh?, tú y yo ya estamos divorciados y claro...

SOLEDAD.- Pensaste que ya era hora de levantar la veda...

ALFREDO.- Créeme, Soledad... Ella se convirtió para mí en una obsesión, no podía dejar de pensar en ella, día y noche, pero me reprimí por respeto a ti...

SOLEDAD.- (**Dolida.**) Eres patético, Alfredo... Y me gustaría verte diciéndole eso a la cara a mi hija.... ¡Celia!

(**La puerta del dormitorio de celia se abre y salen CELIA y LUIS. ALFREDO se queda boquiabierto. Hay una tensión en el ambiente que se podría cortar con la famosa minipímer de SOLEDAD.**)

CELIA.- (**Tras una pausa.**) Hola, Alfredo...

ALFREDO.- (**Avergonzado.**) Hola, Celia...

SOLEDAD.- Luis, por favor, quítale las esposas a este señor...

(LUIS se acerca a ALFREDO.)

LUIS.- ¿Y la llave?

ALFREDO.- Soledad la tiró por la ventana...

SOLEDAD.- Pero una mujer siempre tiene un repuesto... (Con dolor.) Para todo, Alfredo. Para todo.

(SOLEDAD le alarga a LUIS una pequeña llave. El chico le quita las esposas. ALFREDO se sube los pantalones. SOLEDAD recoge el resto de la ropa de su ex y se la arroja.)

SOLEDAD.- (Seria.) Y ahora haz el favor de marcharte de esta casa y no volver nunca más a poner los pies en ella... Y mucho menos en mi vida. ¡Fuera!

(ALFREDO coge su ropa.)

ALFREDO.- Celia...

CELIA.- No, Alfredo, déjalo... Prefiero un buen silencio a una mala mentira...

ALFREDO.- (Digno.) Está bien, sé que me ha tocado ser el malo de esta película, pero no os olvidéis que, sin malo... No habría película.

(ALFREDO, muy digno, con la ropa en la mano, sale del apartamento. CELIA, SOLEDAD y LUIS se miran en silencio.)

LUIS.- Será mejor que yo también me marche... (A SOLEDAD.) Adiós, Soledad...

SOLEDAD.- Adiós, Luis...

LUIS.- (A CELIA.) Nos vemos en el juzgado...

CELIA.- Si quieres, quedamos antes para desayunar...

LUIS.- Me dijiste esta mañana que no podías...

CELIA. (**Sonríe.**) Esta mañana queda ya tan lejos...
Recógeme a las once.

LUIS.- De acuerdo... A las once.

(**LUIS sale. SOLEDAD se acerca a la cocina y sacando una botella, comienza a preparar un cocktail.**)

SOLEDAD.- Necesito un buen trago...

CELIA.- Ponme otro a mí.

SOLEDAD.- Pensaba que eras abstemia.

CELIA.- Y lo soy, pero esta noche quiero romper mis normas. A fin de cuentas ellas han estado a punto de romperme a mí.

SOLEDAD.- Lo bueno de una noche como esta es que nada de lo que pase me puede sorprender ya. Estoy... ¿cómo podría definirlo...?

CELIA.- ¿Vacunada?

SOLEDAD.- ¡Justo!

(**SOLEDAD le alarga el vaso a CELIA y levanta el suyo.**)

SOLEDAD.- Brindemos por las vacunas. Porque pronto descubran una que nos cure del ciego, loco e insensato amor... (**Cambia de opinión.**) No, mejor que no la descubran.

CELIA.- Bueno, al menos que inventen una que nos inmunice contra el matrimonio...

SOLEDAD.- Ahí sí que sí...

(**Las dos chocan sus copas y beben. A SOLEDAD parece rondarle algo por la cabeza.**)

SOLEDAD.- Debería existir una pócima mágica que nos obligara a decir siempre la verdad... (**Mira su copa.**)

Hagamos un trato. Después de beber de esta copa será imposible que digamos una sola mentira, ¿qué te parece?

CELIA.- Humm... El peligroso suero de la verdad.

SOLEDAD.- Exacto.

CELIA.- No me apetece descubrir más verdades. No sé si estoy preparada... **(Con ella misma.)** Y puede que a veces no sea lo más importante...

SOLEDAD.- Venga, es sólo un juego **(Levanta su copa.)** ¿Vamos a contar verdades?

CELIA.- Está bien... ¿Qué quieres saber?

SOLEDAD.- Bebe...

(CELIA bebe.)

SOLEDAD.- **(Disimulando su interés.)** Cuando Alfredo llegó esta noche y creía que quien le recibía eras tú y no yo, comentó algo...

CELIA.- ¿El qué?

SOLEDAD.- Dijo que tú mirabas desde el pasillo, que espías... ¿Qué es lo que espías?

CELIA.- **(Un poco cortada.)** Eh... Según él, a vosotros haciendo el amor... El cree que soy una reprimida y que en el fondo siempre le he deseado.

SOLEDAD.- ¡Muy típico del hombre, creerse el ombligo del Universo! **(Pausa. Seria.)** ¿Y es verdad?

CELIA.- ¿Que soy una reprimida?

SOLEDAD.- No, eso ya lo sé. Que le deseabas.

(CELIA, un poco incómoda por la pregunta, se levanta y pasea.)

CELIA.- **(Toma un decisión.)** Podríamos decir que siempre me ha parecido un hombre muy viril.

SOLEDAD.- Define viril.

CELIA.- No sé... Alguien con energía, fuerza, masculinidad...

SOLEDAD.- ¿Te lo harías con él?

CELIA.- (Un poco avergonzada.) Tienes un vocabulario horrible.

SOLEDAD.- Perdón, duquesa de York. Quería decir que si «Harías el amor con él». Contéstame... (Al ver que Celia no arranca.) Hija, sólo quiero conocerte un poco mejor, saber que ronda por esa cabeza... ¡Contéstame!

CELIA.- Si me hubiera querido acostar con él hoy habría tenido la ocasión ideal, ¿no te parece? Por no hablar del período en que trabajamos juntos...

SOLEDAD.- Que no te hayas atrevido a acostarte con él, no significa que no te hubiera apetecido hacerlo... Eso es lo que quiero saber, lo que deseas de verdad, lo que nunca eres capaz de decir... ¡Lo que sientes, coño!

CELIA.- (Explota.) ¡Sí!... ¡Si no fuera tu marido, o tu ex-marido, o lo que narices sea a estas alturas, sí, a lo mejor me hubiera acostado con él!

SOLEDAD.- Vaya, la lava corre al fin por las laderas del Vesubio, te ha costado entrar en erupción, pero ha merecido la pena...

CELIA.- No sé para qué te puede valer esta confesión...

SOLEDAD.- Me vale para saber que eres humana, Celia. Y no veas cómo me alegro del descubrimiento.

CELIA.- (Intenta calmarse.) Bien. (Respira hondo.) Ahora me toca preguntar a mí...

SOLEDAD.- (Bebe de su copa.) Dispara.

CELIA.- Hay algo que quisiera saber... Tú... ¿Tú te alegras de mi fracaso matrimonial?

SOLEDAD.- Pero, ¿cómo puedes preguntarme algo así?

CELIA.- ¡Porque no estoy segura!... A veces pienso que el verme fracasar a mí también te ha reconfortado, te ha hecho sentir que no eres tú la única a quien le salen mal las cosas.

SOLEDAD.- Nunca me he alegrado de tu fracaso... Eres lo más importante que hay en mi vida y jamás celebraré algo que pudiera herirte.

CELIA.- (Aplaudiendo sin entusiasmo.) ¡Bravo!... Eres una gran actriz, una todo terreno. Te da igual interpretar a Shakespeare o entrar a saco en el serial más lacrimógeno.

SOLEDAD.- ¿Cómo?

CELIA.- Que no te creo. Acabas de mentirme. Al menos yo he sido honesta en mis respuestas. No quiero jugar a este estúpido juego...

SOLEDAD.- (**Explota.**) ¡Está bien! ¿Quieres saber la verdad! ¡Sí! El darme cuenta de que tú también te equivocas, de que a ti también te salen las cosas mal me ha reconfortado, me ha hecho sentir menos peso sobre mis hombros... Tanto tiempo viendo que mi hija era un tratado de las buenas costumbres, de la ejemplaridad, del dominio de la situación... Ya no podía soportarlo más. ¿Qué puedo decir en mi defensa, Doña Perfecta!

CELIA.- ¡Ja! Lo que hay que oír... ¿Yo Doña Perfecta? El último mono de la casa, eso es lo que he sido siempre. La niña que nunca será nada si se compara con su madre.

SOLEDAD.- Yo nunca te he comparado conmigo.

CELIA.- ¡Claro que no! Porque según tú, somos incomparables... Si yo corro, tu vuelas... Si yo tengo un marido, tú te has casado tres veces... Si a mí me sale un grano, tú tienes varicela... Tú, tú, tú... En la escuela se olvidaron de enseñarte los demás pronombres personales. Sobre todo uno: Vosotros.

SOLEDAD.- Cuánta rabia, Celia... (**Abatida.**) No sabía que me odiabas tanto... Pensé que no nos entendíamos bien, que había un millón de cosas que nos separaban, pero no imaginé nunca que tu odio fuera tan feroz...

CELIA.- El último trago... (**Bebe de su copa.**) No te odio mamá, te envidio... Has conseguido que te envidie. Y la envidia es mucho peor que el odio, porque no se sacia con la venganza.

SOLEDAD.- Yo sólo he querido siempre lo mejor para ti...

CELIA.- Que mira qué casualidad, solía ser siempre y por encima de todo, lo mejor para ti también.

CELIA.- Supongo que después de lo que hemos hablado, no querrás seguir compartiendo este piso conmigo...

(SOLEDAD apura su copa y mira a su hija.)

SOLEDAD.- ¿La verdad?

CELIA.- Bebiste de tu copa.

SOLEDAD.- No, no quiero compartir nada contigo.

CELIA.- En un par de días me marcharé, no te preocupes...

(CELIA entra en su habitación y cierra la puerta de un portazo. SOLEDAD se queda de pie, muda, sola, al borde del llanto. Mira alrededor suyo, intentando encontrar en ese pequeño apartamento alguna razón que le pueda explicar por qué los seres humanos estamos avocados a la incomprensión. Pero no encuentra respuesta. Se deja caer en el sofá, hundida. Oscuro.)

Epílogo

El sol entra por la ventana del salón. La puerta de la calle está entreabierta. LUIS entra un poco agotado y se deja caer en el sofá.

LUIS.- ¡Qué barbaridad! Cuantas cosas pueden caber en un apartamento tan pequeño...

CELIA.- (En off.) Gracias por ayudarme con la mudanza...

LUIS.- Olvídalo... ¿Está todo?

(CELIA sale de su habitación con una caja en la mano.)

CELIA.- Solo queda esta caja y un par de cosas de la estantería...

LUIS.- ¿Estás segura de lo que haces?

CELIA.- Es lo mejor para las dos... Separadas quizá podamos ser amigas algún día. Viviendo juntas, imposible... Además, el apartamento es suyo y me dejó bien claro que no quería seguir compartiéndolo conmigo.

LUIS.- Cuando uno está enfadado dice cosas que no siente.

CELIA.- No... Cuando uno está enfadado dice verdades como puños. Lo que pasa es que luego te arrepientes de haberlas soltado... **(Sonríe.)** Y tú tranquilo, que en un par de semanas me he buscado un piso propio y te dejo en paz.

LUIS.- Sabes que no me importa. Puedes estar en casa todo el tiempo que quieras.

(Por la puerta de la calle, sin ser vista, aparece SOLEDAD. Carga con algunas bolsas. Se detiene antes de entrar y observa en silencio a la pareja.)

LUIS.- Ya verás cómo todo se arregla... Ella te quiere mucho.

CELIA.- Ya, pero a veces querer no es suficiente... Hay que saber querer. Y eso no todo el mundo llega a aprenderlo. Yo la primera...

(SOLEDAD entra en el piso. Se dirige directamente a la cocina.)

SOLEDAD.- (Con fingida indiferencia.) Hola... Pensé que y a habríais terminado con la mudanza.

CELIA.- Ya nos íbamos...

SOLEDAD.- Espero visita y tengo que arreglar esto un poco.

(CELIA no dice nada. LUIS, un poco incomodo, reacciona.)

LUIS.- Voy a ir bajando, Celia... Hasta pronto, Soledad.

SOLEDAD.- Adiós, Luis... Ven a verme algún día. **(Esboza una sonrisa un poco melancólica.)** Te prepararé un cóctel. De los míos.

LUIS.- De acuerdo...

(LUIS agarra la última caja y sale. CELIA se queda mirando a su madre, que coloca en la nevera las latas

que ha traído. Después se acerca a la estantería y coge unos discos.)

SOLEDAD.- (Sin mirar a CELIA.) El disco de Lola Flores no te lo lloves...

CELIA.- (Sin mirar a su madre.) Es mío.

SOLEDAD.- (Ídem.) Lo compré yo. En el «Todo a cinco euros».

CELIA.- (Ídem.) Pero me lo regalaste.

SOLEDAD.- Mira, no quiero discutir.

CELIA.- Ni yo tampoco... Está bien, quédalo... A fin de cuentas nunca me gustó mucho.

SOLEDAD.- ¿Ah, no? Pensaba que te encantaban las folclóricas...

CELIA.- Una vez más demuestras no conocerme demasiado bien.

SOLEDAD.- Una vez más te recuerdo que es muy difícil conocerte, hija.

(CELIA coge un par de cosas más de la estantería. Las mete en la caja y se dirige a la puerta. Antes de salir, se da media vuelta, se acerca unos pasos a su madre y parece que le va a decir algo, pero se lo piensa mejor y se vuelve de nuevo.)

SOLEDAD.- (Sin mirar.) ¿Qué ibas a decir?

CELIA.- ¿Yo?

SOLEDAD.- Tú, sí...

CELIA.- Nada.

SOLEDAD.- Nunca aprenderás a mentir.

CELIA.- Hay cosas que no quiero aprender.

SOLEDAD.- (Conteniendo la emoción.) Yo, en cambio, intento aprender algo nuevo cada día.

CELIA.- ¿Y has aprendido algo interesante desde la última vez que hablamos?

SOLEDAD.- Sí... **(Le cuesta pedir perdón.)** Que soy una egoísta... Que jamás he sido una buena madre... Que

nunca he sabido entenderte... Y que, por más que me empeñe en convencerme de lo contrario, te necesito y quiero que sigas siendo parte de mi vida... Y que conste que esta vez el texto no es de Shakespeare sino mío...

CELIA.- No sé si creerte.

SOLEDAD.- (**Secándose un lagrimón.**) Eso me pasa por ser tan buena actriz.

CELIA.- Sí, maravillosa... Pero en paro.

SOLEDAD.- ¡Si aún no he puesto el anuncio en el periódico!

CELIA.- ¿Y a qué esperas?

SOLEDAD.- No recuerdo muy bien el texto.

CELIA.- Yo sí...

(**CELIA coge un cuaderno y un lápiz. Se pone a escribir.**)

CELIA.- Vamos a ver... (**Recuerda.**) ¿Cómo empezaba?... ¡Ah, sí! «Mujer en los cincuenta... cuarenta y tantos...»

SOLEDAD.- ¿Y si quitamos el «tantos»?

CELIA.- De un plumazo... «Mujer en los cuarenta...»

SOLEDAD.- (**Interrumpiéndole. Deja de escribir.**) ¡Aún de buen ver! De eso me acuerdo...

CELIA.- Correcto... «En los cuarenta. Aún de buen ver, que en su juventud lo dejó todo por el amor...»

SOLEDAD Y CELIA.- (**Cómplices.**) Estúpida...

CELIA.- «Ahora quiere volver a triunfar... Llamar a cualquier hora del día o de la noche...»

SOLEDAD.- ¡No! ¡De la noche no! A partir de hoy, por la noche, no pienso estar para nadie...

CELIA.- De día entonces... (**Se queda pensativa.**)

SOLEDAD.- ¿Ese era el final del anuncio?

CELIA.- No... Añadías que debían llamar al apartamento que compartes con tu hija.

SOLEDAD.- Habrá que cambiar esa última parte, ¿no te parece?

(El claxon de un coche suena varias veces.)

CELIA.- Luis...

(CELIA se acerca a la ventana.)

CELIA.- El coche molesta... **(Al exterior.)** ¡¡ Ya bajo!!

SOLEDAD.- Ese chico es una joya... Cúidalo.

CELIA.- Sí, una joya... **(Con doble sentido.)** Una diadema de princesa para ser más exactos...

SOLEDAD.- Eres mala, tía, muy mala... Pero me parece bien... Ya sabes eso de que las chicas buenas van al cielo. Pero las malas... ¡esas van a todos lados!

(Las dos sonrían. El claxon vuelve a sonar. CELIA parece que al fin se marcha. SOLEDAD coge el anuncio y lo hojea.)

SOLEDAD.- Es una lastima... El anuncio quedaba tan redondo con ese otro final...

CELIA.- ¿Verdad que sí?

(Entre madre e hija hay una mirada de absoluto dolor. Tras una pausa, corren a refugiarse una en los brazos de la otra.)

CELIA.- Perdóname, por favor...

SOLEDAD.- Sólo si tú me perdonas a mí...

CELIA.- Tú antes...

SOLEDAD.- No, tú...

CELIA.- Las dos a la vez...

SOLEDAD Y CELIA.- Te perdono.

CELIA.- Nos equivocamos y nos engañamos porque somos humanas, ¿no?

SOLEDAD.- Claro, porque aunque parezca increíble, debajo de este físico deslumbrante propio de diosas, hay un par de personitas, que no siempre saben lo que quieren... O que no siempre hacen lo que quieren... O que no siempre quieren lo que tienen... O que... **(Despistada.)** No sé, creo que me he perdido...

(Las dos ríen. CELIA coge el disco de Lola Flores de la estantería.)

CELIA.- ¡Y el disco de Lola me lo llevo porque es mío!

SOLEDAD.- Ya lo sé, llévatelo tonta... Si lo decía sólo para chincharte... **(Sonríe.)** Mira que me gusta a mi eso de **(Imita la voz de la Faraona.)** «Tos los hombres son unos malignos, los rubios y los morenos...»

CELIA.- Malííísimos...

SOLEDAD.- Lo malo es que, ya se sabe: Ni podemos, ¡ni queremos!, dejar de usarlos...

(CELIA se muere de risa con la imitación de su madre. Parecen felices. Y tal vez lo sean. Al menos por unas horas... comienza a sonar el tema «que me coma el tigre» de Lola Flores.)

FIN DE LA OBRA